

SELECCION SAMPER ORTEGA DE LITERATURA COLOMBIANA

CIENCIAS Y EDUCACION

N.° 42

LA MEDICINA EN ANTIOQUIA

POR

MANUEL URIBE ANGEL

TERCERA EDICION

EDITORIAL MINERVA S. A.

BOGOTA - COLOMBIA


WELLCOME
LIBRARY
INSTITUTE


WELLCOME
LIBRARY
INSTITUTE

D. MANUEL URIBE ANGEL

Los medellinenses que hayan pisado ya la línea melancólica de los cuarenta años recordarán, seguramente con respeto y cariño, la procera figura de «aquella encina sagrada, la más enhiesta de la montaña», del «médico de cuerpos y de almas» que respondía al nombre de Manuel Uribe Angel.

Nació en Envigado el 4 de septiembre de 1822, y su fallecimiento, ocurrido el 17 de junio de 1904, estremeció en largo escalofrío de orfandad a la villa del Aburrá, tan bien descrita por él en sus cartas a Isidoro Laverde Amaya.

Fueron sus padres don José María Uribe Arango y doña María Josefa Angel. Mientras la Gran Colombia de Bolívar se sacudía y disgregaba, don Manuel hacía estudios de primeras letras con don Alejo Escobar; salido apenas de la escuela, entró a servir de amanuense del doctor Nicolás de Villa Tirado, galeno de los que al cabo de los años concluyen por cifrar toda su ciencia en unas pocas

fórmulas; Uribe Angel, a fuerza de escribirlas y ayudado por su excelente memoria, aventuróse cierta vez a recetar a un campesino en momentos en que su patrón había salido del consultorio; y sorprendido en ello por el doctor Villa, éste, lejos de amoscarse, manifestó a un amigo que lo acompañaba: «No sabe mi compadre José María lo que tiene en este *cachinillo:* díle que digo yo que lo mande al colegio porque con el tiempo podrá ser una gran cosa».

El compadre José María siguió el consejo del médico rural, y don Manuel vino a dar al Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, de Bogotá, donde siguió estudios de bachillerato, o de filosofía, que se llamaban por aquellas calendas de 1836 a 1840.

Seis años después se doctoraba en medicina en la «Universidad Central», y en 1849 reafirmaba su grado en la de Quito, ciudad que visitó en dos ocasiones

Su espíritu inquieto llevóle en su juventud a distintos puntos del planeta: el Ecuador, el Perú, los Estados Unidos, Francia, Méjico, las Antillas... Bien sabía él que «durante un viaje hay momentos en que la inteligencia del hombre adquiere una lucidez y claridad admirables, y en que por tanto los conocimientos, el ingenio, la chispa y el fuego sagrado del alma humana brotan, se desenvuelven, se incorporan y estallan en felicísima fuerza de

acción, pródiga en ideas y concepciones. El ejercicio del aparato locomotor; el reposo o distensión de las funciones nerviosas; la acción tónica de las brisas heladas de la montaña; el ruido de las fuentes, las cascadas y las cataratas; la majestad de los ríos caudalosos; la variedad de las rocas; el plumaje irisado de las aves y el esmalte de los insectos; la fortaleza y diversidad de los cuadrúpedos; la portentosa variedad de formas en el reino vejetal; el cambio de horizontes; la sorpresa de nuevos usos, nuevas costumbres y nuevo idioma; los incidentes del viaje; las peripecias de la jornada; la charla expansiva y jovial del compañero; y, en una palabra, mil circunstancias y pormenores que obran solos o en conjunto sobre el ser físico y moral del hombre, despiertan su memoria, aclaran su razonamiento y su juicio, estimulan sus deseos, enaltecen su voluntad, hacen más delicados sus sentidos y le dan en ocasiones señalada, suprema y exquisita competencia para tratar con éxito feliz muchas cuestiones.

«Del otro lado, un viaje no es otra cosa que un catecismo, un libro de escuela, una obra académica en forma de preguntas y respuestas.»

Pero cumplidos los 31 años contrajo matrimonio con doña Magdalena Urreta, hija del coronel don Gregorio María Urreta, de quien el mismo doctor Uribe Angel escribió una de-

fensa cuando se le sindicó de realista y de haber tomado parte en el movimiento revolucionario que dio por resultado la dictadura del general Rafael Urdaneta. Aparte de esta «Defensa» y de breves servicios en la cosa pública, ya como gobernador de Medellín en 1877, ya como senador por Antioquia en 1882, el doctor Uribe Angel no tuvo, puede decirse, otros campos de acción que el hospital y el consultorio, hasta que, diez años antes de su muerte, perdió la vista.

Fue amigo muy constante de Juan de Dios Restrepo (Emiro Kastos), y talvez a esta circunstancia debió su afición a pergeñar algunos cuadros de costumbres, que son apreciables. Como escritor, sin ser muy brillante, es claro y muy ameno. A más de su trabajo sobre «La medicina en Antioquia», que se leerá a continuación, y de su «Recuerdo de un viaje de Medellín a Bogotá» (publicado en el tomo II del Boletín de Historia y Antigüedades), el doctor Uribe Angel es autor de varios cuentos y artículos que corren impresos en revistas antioqueñas, entre otras, la «Revista de Antioquia», de la que fue asiduo colaborador: «El Gallo», «La caña de azúcar», «El bien cae de arriba», «Don Rodrigo Gómez de Silva», «Bolívar, poeta», y «El caimán». Son también suyos cierto discurso sobre Cervantes, pronunciado en Nueva York en 1875, una leyenda, «La Serrana», en que demuestra sus

dotes descriptivas, y tres ensayos históricos sobre Colón, América y Medellín. Pero su obra de más aliento es sin duda la «Geografía general y compendio histórico del Estado de Antioquia», impresa en 1885.

En todos sus escritos brillan las condiciones de su carácter: la gracia, que es inherente a su raza; la ecuanimidad, y a fuer de buen cristiano, la bondad, una bondad inagotable, que le valió de Botero Saldarriaga el calificativo de «gran maestro de la benevolencia».

LA MEDICINA EN ANTIOQUIA

POR

D. MANUEL URIBE ANGEL

(Trabajo dedicado por su autor a la sociedad de medicina y ciencias naturales de Bogotá, en el mes de febrero de 1881.)

Don José Nicolás de Villa y Tirado nació el 7 del mes de marzo del año de 1763. Fueron sus padres don Casimiro de Villa y doña Josefa Tirado. Fue su patria la villa de Medellín, en Antioquia, y la nobleza de su cuna se extendía en un horizonte ilimitado de limpia sangre.

Don José Nicolás de Villa y Tirado fue profesor de medicina en la extinguida provincia de Antioquia, el mismo territorio que forma hoy el estado de ese nombre, parte integrante de la unión colombiana.

El compatriota de quien hablo se hizo profesor de medicina por el mismo sistema por el cual se hacen hoy nuestros generales, es decir, por asalto y sin las gradaciones de ordenanza; pero de la misma manera que hoy tenemos jefes que honran su profesión y que llevan bien ceñida su espada, don José Nicolás honró la suya y llevó con decoro el cadu-

ceo de Esculapio. Cuando el sujeto cuya vida quiero bosquejar vino a la existencia en esta tierra colombiana, la ciencia médica era letra casi muerta. La colonia tuvo el funesto privilegio de hacer dormitar la inteligencia de los criollos americanos con un sueño de marmota.

Es seguro que los aborígenes antioqueños recetaban a su modo, porque esto de hacer de médico parece ingénito en la humana organización. Los españoles y sus descendientes fijados en estas comarcas, recetaban también porque todos recetamos; pero lo hacía de un modo puramente instintivo, sin reglas y sin principios, y tomando por fundamento de sus prescripciones el hecho de que una cosa es buena para tal propósito porque así lo han demostrado la observación y la experiencia. Este sistema, por más vulgar que parezca, y por más que se le haya dado desdeñosamente el nombre de empirismo, ha hecho grandes servicios al hombre, y era el que por aquellas edades se practicaba en estas montañas para alivio de la humanidad. Yo no podría asegurar que la mortalidad relativa de aquellos viejos tiempos, que con gran seguridad y desenfado calificamos hoy de oscurantistas y retrógrados, fuese mayor de la que al presente tenemos, cuando nuestros doctores alumbran su camino con la esplendorosa antorcha de los conocimientos modernos.

Sea como fuere, en don José Nicolás de Villa y Tirado se abre para nosotros la era de la medicina racional con los caracteres que le conocemos. Aquel médico es un lazo de unión entre el dogmatismo empírico e ignorante de un pueblo bárbaro y el criterio razonado y filosófico de un pueblo que se civiliza.

Por indagaciones pacientes que tengo hechas, sé de un modo indudable que los señores de Villa traían desde un tiempo inmemorial el monopolio casi exclusivo del ejercicio práctico de la medicina entre nuestros progenitores. Don Casimiro de Villa, padre de don José Nicolás, ejercía su profesión a fines del siglo pasado, y de sus hijos, no sólo aquel de quien hablo, sino también don Francisco y acaso don Lucio, sacerdote patriota de gran mérito y de fama como teólogo y canonista, se daban a la misma ocupación.

A fines del siglo pasado y en el primer cuarto del presente, mucho antes de que esta región fuese ocupada por profesores titulados, no sólo los señores de Villa sino también una falange de curanderos, más o menos empírica, manejaba la parte doliente de nuetras poblaciones. Entre los miembros de esa corporación había algunos hombres de clara inteligencia y talento; pero ninguno que hubiese alcanzado los elementos de una educación académica. La mayor parte, de una ignorancia supina, tenían

aún la desventaja de una inteligencia menguada y grosera.

He oído hablar a los viejos de un don Juan de Carrasquilla, recetador arrogante, noble de cuna, altivo de carácter, hombre de mundo, muy acatado y muy venerado. A las ventajas de una bella presencia física, agregaba la de tener un carácter franco y chistoso que facilitaba sus operaciones profesionales.

El doctor don Pantaleón de Arango era jurista de oficio, pero más inclinado a manejar enfermos y a favorecer por este camino las numerosas dolencias del prójimo.

Don Joaquín Tirado fue también un galeno de gran crédito en su época, y no a una sino a muchas señoras ancianas he oído ponderar los portentos de su habilidad.

Carmen Peña o Madrid, mujer del pueblo, asistía numerosa clientela, y su reputación pasaba, entre las capas inferiores de la sociedad, los límites de lo increíble.

Don José María Lalinde, filántropo distinguidísimo, persona de altas cualidades, de exquisitas maneras, de extensas relaciones, de clara inteligencia y de algunas lecturas clásicas, adquirió por el trato con gentes instruídas algunos conocimientos médicos que profusa y generosamente aplicaba siempre al alivio de la humanidad afligida por las dolencias físicas.

Doña Bárbara Vélez ejercía con crédito su profesión de médico en el pueblo de La Estre-

lla, y su casa era concurrida por solicitantes de todos los rangos sociales al principio de este siglo.

Don José María Upegui, llamado *don Chepe*, reunía en sí las facultades de médico y cirujano a un tiempo. Extraía muelas, extirpaba tumores, amputaba brazos y piernas con una serenidad y arrojo dignos de mejor competencia científica. Este hombre, inteligente y atrevido, llegó a la posesión del arte sin que se supiera por dónde, y esa circunstancia hizo que un poeta festivo de su tiempo, el célebre don Francisco Mejía, Quevedo inculto de estas montañas, dijera de él:

Fabio se ha metido a médico
por hacerle vuelta al hambre,
y a los enfermos que coge
les corta el vital estambre.

Sepan las autoridades
que este es un negocio serio;
o atajar el paso a Fabio
o agrandar el cementerio.

En los diferentes pueblos había muchos curanderos, porque, bien considerado, si los profesores faltaban, alguien debía suplir la falta.

Dicen que los refranes son pequeñas parábolas evangélicas para el uso de las multitudes.

En efecto, la mayor parte de ellos expresan una verdad concreta e indisputable. Hay algunos, sin embargo, que no son tan verídicos, como generalmente se piensa, verbigracia, aquel de que «no hay mal que por bien no venga»; pero este otro de que «de médico, poeta y loco todos tenemos un poco», alcanza la exactitud de los axiomas matemáticos. Cuéntase de un rey que estando un día en conversación sobre este punto con sus palaciegos decía:

—Creo muy bien que todos tienen tendencia a recetar, menos yo, que no receto nunca.

Alguno de los concurrentes le observó con socarronería que llegado el caso, su majestad obraría como los demás. Era el momento en que su alteza debía salir a paseo con sus cortesanos, y aconteció que al bajar la escalera de palacio se presentara el portero con un pañuelo atado en la cara y con el aire doliente de toda persona que sufre de la dentadura.

—¿Qué tiene usted, hombre?—le preguntó el rey.

—Sufro un gran dolor producido por la caries de una muela.

—Pues cálcela usted con un grano de alcanfor—dijo su majestad, y continuó su paseo.

Lo que nosotros llamamos charlatanes, era, en resumen, todo lo que había respecto al arte de curar en el territorio antioqueño, hasta el

fin del primer cuarto de la centuria en que vivimos.

La mayor parte de ellos no sabían leer ni escribir; otros, aunque supiesen una y otra cosa, no leían por falta de libros, y de estos últimos, para los pudientes, existían apenas algunos volúmenes de medicina doméstica: las obras de Cullen, Tisot, Florilegio, Bouchan, Rasori, Pringle, Riberio y madama Fouquet. De estos libros unos eran leídos y otros no; pero acontece con esto de la medicina lo que con la comida y la rascazón, que comer, rascar y recetar, todo es empezar; así que nuestros médicos de antaño recetaban siempre y a su manera, lo cual no dejaba de presentar singularidades dignas de quedar consignadas en la historia.

Voy a ver si puedo, con este estudio, que algo tiene de grotesco y algo de serio, trazar algunos cuadros que muestren en relieve lo que era, lo que es y lo que podrá ser, andando los tiempos, la ciencia médica entre nosotros.

Dejando el arte viejo a un lado, introduciré en seguida los nuevos elementos que, en un orden cronológico aproximado, han venido apareciendo luégo, para examinarlos después con algunos detalles, que procuraré hacer familiares, comunes y claros, en cuanto sea posible, para todas las gentes. Estos nuevos elementos están representados naturalmente por

los nombres de los profesores modernos que se han presentado con más o menos lustre para ellos; pero siempre con grande utilidad para los pueblos.

Cuando en el año de 13 de este siglo se proclamó una cosa que dieron en llamar *la república antioqueña*, apareció por los desfiladeros y senos de estas montañas un francés a quien apellidaban doctor en medicina. Ese francés fue médico de don Juan del Corral, dictador o presidente de aquella nueva entidad política que fijó su centro de acción en la ciudad de Ríonegro.

Durante la parte cruda de nuestra guerra de independencia, en la que, a decir verdad, poca cosa tocó directamente a Antioquia, los profesores titulados, o no vinieron al país o pasaron rápidamente. Terminado ese corto período y aquietadas las cosas, el primero que fijó su residencia en la comarca fue un médico de ejército, llamado el doctor Hugo Blair, y a éste siguieron el venezolano doctor Francisco Orta y el antioqueño Pedro Uribe Restrepo.

Salidos de nuestra patria universidad, fueron viniendo después los doctores Antonio Mendoza, José María Martínez P., Sinforiano Hernández, José I. Quevedo, Lázaro Santamaría, Juan C. Uribe, Demetrio Barrientos, Ulpiano Urrea, Rafael Campuzano, Angel María Gaviria, Nepomuceno Villa y Villa, Bernardi-

no Hoyos, Cayetano Villa, Fausto A. Santamaría, Manuel V. de la Roche, Manuel Uribe A., Federico Peña, Pedro D. Estrada, Alejandro Londoño, Federico Latorre, Vicente Villa V., Justiniano Montoya, Fabricio Uribe, Estanislao Escobar, Manuel Villa, Fabricio Villa, Ricardo Escobar R., José V. Uribe, Jesús Gómez, Ricardo Rodríguez, Juan Manuel Aguilar, Sebastián Henao, Joaquín Jaramilllo, Félix Díaz, Faustino González G., Julián Escobar, Aureliano Posada, Francisco A. Uribe M., Antonio J. Naranjo, Emilio Alvarez, Tomás Quevedo, Andrés Posada A., Juan de D. Uribe, Jesús María Espinosa, Tomás J. Bernal, Alejandro Fernández, Joaquín Castilla, Atanasio Restrepo, Ramón Arango, Francisco Velásquez, Jesús María Gutiérrez, Hipólito González U., Jorge E. Delgado, Pedro P. Isaza, José Tomás Henao, Francisco Molina, Julio Restrepo, y entre los extranjeros, los doctores Jervis, Williamson, Mc-Ewen, Durand, Whiteford Fergusson y alguno o algunos otros que olvido acaso sin intención.

Todo este grupo de hombres dedicado al cultivo de la ciencia médica, ha colocado el arte en el punto honroso en que hoy se encuentra. La elaboración que ha tenido lugar, elaboración asidua del pensamiento y perseverante, en cuanto a lo material, es asunto de que trataré, como está dicho, al fin de este compendio histórico. Por ahora vuelvo a las

referencias relativas, al aspecto harto extravagante que ofrecía el negocio de restablecer la salud alterada entre nuestros antecesores. Ruego a quien lea que no se admire mucho al encontrar la faz tosca y no poco vulgar de nuestras costumbres anteriores, a este respecto. Efectivamente, la sencillez primitiva de nuestros padres hace no poco contraste con nuestra afectada importancia y con la tal vez un poco cómica seriedad de nuestros procedimientos modernos.

Para bosquejar con la mayor limpieza posible la fisonomía del viejo profesor antioqueño, he tomado como tipo a don Nicolás de Villa y Tirado, y lo he tomado porque, aunque más original que los otros, sus facciones puestas en el campo común, son enteramente idénticas a las de los demás.

Decía que en el año de 1813, proclamada ya la república antioqueña, y puesto a la cabeza como dictador don Juan del Corral, momposino de origen, estableció éste su cuartel general en la ciudad de Ríonegro, para apoyar con sus operaciones la fuerza activa del movimiento independiente del resto del país.

Por los tiempos que acabo de mencionar, don Nicolás de Villa y Tirado alcanzaba gran fama de médico práctico en la ciudad de Medellín. El señor Villa no había llegado a ese punto por estudios clásicos. Atacado por un *cancroide* que amenazaba la integridad de su

nariz, se sustrajo de todo contacto social, se encerró en la habitación de sus padres, leyó con atención los poquísimos libros que don Casimiro poseía, emprendió su curación propia y salió tres años después no sólo enteramente sano de su dolencia, sino también docto y perito en el arte de curar. Por lo demás así lo dijo la gente.

El dictador Corral enfermó gravemente en Ríonegro, en donde comenzó a ser asistido por el médico francés, de quien queda hecha mención, médico, como lo son muchos, que aparecía y aparecen entre nosotros sin más títulos que su ambiciosa audacia y la ingénita ignorancia de nuestras poblaciones.

La dolencia que atacó al señor del Corral era lo que entonces se conocía con el nombre de *tabardillo*, nomenclatura que aun se conserva en las más bajas clases sociales, y que luégo fue reemplazada con la de *peste*, para que hoy la veamos calificada con el nombre genérico de tifo. A la calentura llamaban *causón*, y muchos nombres pudieran citarse, anticuados ya, reemplazados por algunos otros de etimología greco-latina.

Como el dictador empeorara de día en día y el francés no curara, se hizo llamar por expreso al señor de Villa; pero éste, voluntarioso por índole, o tal vez celoso por no haber sido solicitado antes que el otro, negó tenazmente su asistencia al ilustre enfermo. Se dice

que hubo necesidad de amenazarlo con la fuerza para hacerlo ir a Ríonegro: mas sea esto cierto o no, es un hecho evidente que él fue de mal talante, que el enfermo murió poco después, y que en lugar de regresar a Medellín, volvió directamente a encerrarse en la casa de una propiedad rural de familia, distante una legua al sudoeste de Medellín, en el punto denominado *Guayabal*. En el lugar indicado pasó el señor don Nicolás de Villa el resto de su larga vida, viniendo rarísima vez a la ciudad, confinado siempre en su retiro, trabajando poco en sus negocios personales y sí mucho y constantemente para templar las dolencias de la humanidad y conservar la vida de sus semejantes.

Don Nicolás no veía más enfermos que aquellos que en calidad de tales iban a consultarle. A los demás les recetaba por informes; informes reducidos a dos o tres datos vagos, que con malas razones, le enviaban los clientes. Todo el examen clínico estaba reducido a ver la orina, que se le llevaba por falta de vasijas de vidrio, en pequeñas calabazas; a preguntar si había o no *sarro* en la lengua, si la saliva era escasa o abundante, si el paciente estaba sediento, y últimamente, como punto capital, si tenía *causón*. De la fidelidad y exactitud de estos datos se podrá juzgar, teniendo en cuenta que siempre eran suministrados por personas ignorantes, por campe-

sinos indoctos, por criados de la casa y frecuentemente por tiernos niños. Todo eso importaba poco al doctor; con ello el diagnóstico era hecho de repente y la receta expedida a letra vista

Vivía en un principio don Nicolás de Villa en una casa pajiza que aun existe a una cuadra de distancia, a la derecha del camino que de esta capital conduce al distrito de Itagüí, en un punto medio entre estos dos lugares. Un poco más tarde hizo fabricar para su morada otra de tapias y tejas que queda hoy a la izquierda del mismo camino, casi enfrente de la primera, y en esa casa tuve en mi infancia la fortuna de conocer y estudiar a nuestro personaje.

Durante la vida del médico esa casa no fue concluída, y su fisonomía, enteramente particular y extraña, merece que nos detengamos un tanto en su descripción, para mejor inteligencia de lo que diremos luégo.

El edificio no estaba circunscrito sino por sus paredes y por un corredor al frente, sin barandas y sin defensa alguna. El piso de todo él era el piso natural del terreno sobre el cual descansaba, y eso en tal manera, que seca la grama y pisado el suelo por los pies de los concurrentes, había sobrada cantidad de polvo. Traspasada la puerta principal, se entraba a lo que en nuestras antiguas habitaciones era llamado sala, y a la derecha de

esta sala, por una puerta lateral, se entraba en una alcoba, igualmente empolvada y paupérrima de muebles. Una ancha ventana y dos puertas daban bastante claridad a este gabinete de estudio; pero como ni el suelo ni la ventana tuviesen cubierta alguna, y como ni hubiera bancos ni silletas, los clientes recostados, contra las paredes, en pie o en cuclillas, esperaban pacientemente el turno de su despacho, siendo tanto en ocasiones el número de los solicitantes, que no sólo el saloncito de trabajo, sino también la sala, el corredor y los alrededores estaban colmados por numerosos grupos.

En la alcoba había una vieja mesa de cedro mal sostenida por cuatro pies de madera y por cuatro atravesaños, cuya desunión era impedida por ataduras hechas con lazos de cabuya. Encima de la mesa estaba un fragmento de botella catalana que servía de tintero. En el fondo de ese tintero había pedazos de lienzo y manta del Socorro impregnados en tinta de guaranga y caparrosa, que soltaban su jugo con la presión ejercida sobre ellos por una gruesa pluma de pavo (las plumas de acero no eran conocidas todavía, y las de ganso que traían del extranjero eran escasas y caras). Enfrente de la mesa había una silla aforrada en cuero de vaca, con todo el pelo, silla que servía de asiento al escribiente, que venía por turno, pues el secretario era

tomado de entre los concurrentes. En alto, sobre la cabeza del escribiente, colgado de un clavo metido en la pared, había un cuerno de res lleno de agua hasta la mitad, y entre ella puestas las plumas para que la sequedad del aire no las alterase ni rompiese. De entre esas plumas cada amanuense iba tomando una para escribir la fórmula dictada, sobre el pedacito de papel que cada peticionario tenía la obligación de llevar, pues el médico no se obligaba a ese gasto, que, por aquellos tiempos, no dejaba de ser importante, pues parecía casi lujo disponer de una vuelta de carta para la escritura ordinaria. Y no se diga que exagero, pues yo mismo, no tan pobre como otros, fui iniciado en el arte de escribir, haciéndolo sobre hojas de plátano con punteros de cañabrava. Me acuerdo de esto como si fuera hoy; fue uno de mis hermanos mayores el encargado de esa bendita tarea. Era bajo la sombra de un aguacate, y ya viejo; jamás paso por ese punto sin sentir un vientecillo conmovedor que frota suavemente mi alma, como hálito puro de gratitud por quien me dio el primer pedazo de pan para el espíritu. Volvamos a lo de antes.

Tenía don Nicolás grande afición por la crianza de todo linaje de animales, y era de tal suerte, que a veces parecía imposible entenderse entre aquella infernal algarabía formada por el canto de muchos gallos, por el

ladrido de muchos perros, por el gruñido de muchos cerdos y por el cacareo de muchísimas gallinas. Recuerdo con especial disgusto una gran marrana rucia, a la cual, por precauciones de policía, habían puesto una grande horqueta de guayabo en el pescuezo, para impedirle hacer daños traspasando los cercados. La recuerdo porque, trabadas una vez mis piernas en aquel garabato, caí ridículamente en presencia de la multitud.

Yo estaba todavía muy pequeño, y ya había oído hablar muy favorablemente de la ciencia de don Nicolás, y de un modo muy adverso de su genio regañón y caprichoso.

La casa de mis padres quedaba situada a media legua de distancia de la del doctor; el río Aburrá o de Medellín, por medio. Había enfermo en casa.

Cierto día, como a eso de las cinco de la mañana, fui sacado del profundo sueño de la niñez por la voz acariciadora de mi padre, que me decía:

—Levántese, hijo, venga a tomar su desayuno, y vaya a casa de don Nicolás a traer una receta para su hermano.

Me levanté; mi tierna madre, después de la caricia matinal, me dio el chocolate, y me dispuse a partir. Antes de hacerlo, pregunté lo que debía informar al médico y marché.

En el río hice una ligera ablución, tiré unas cuantas piedras a los pajaritos, que piaban y

cantaban saludando la mañana sobre el copo de los matorrales, y anduve con relativa rapidez hasta ponerme en frente de la casa. Llegado a aquel lugar, fui asaltado por un doble sentimiento de miedo, primero porque había un perro en la casa, y los perros de ahora tiempos eran más bravos que los de hoy, y segundo, porque iba a verme cara a cara con un hombre tan respetable y rodeado para mí de un prestigio tan aterrador.

No hubo remedio; hube de seguir y tuve que entrar. El médico estaba solo; había despachado todos sus clientes de la mañana, y sin la menor fórmula de salutación me preguntó:

—¿Qué quieres, perdulario?

Di cuenta de mi comisión, me oyó con aire medianamente distraído, pidió el pedazo de papel, escribió de mal humor y me despachó.

El placer de la salida compensó la frialdad del recibimiento. Llevé la ordenanza, la entregué y pasé el resto del día en la escuela y en mis habituales travesuras.

Al siguiente día la misma comisión, pero con éxito diferente. Encontré a don Nicolás rodeado por numerosa clientela, de un humor adorable y conversando alegremente con cuantos entraban. A uno dirigía un pulla, a otro preguntaba por la calidad de un gallo; inquiría en qué situación se hallaba la pelea matrimonial de dos vecinos; averiguaba qué

esperanzas de buen andar daba el potro de don fulano de tal, y todo eso dictando recetas y paseándose de largo a largo por la mitad de la alcoba.

Con peligro de causar algún sentimiento de repulsión, pero tratanto de ser fiel historiador, pretendo hacer el boceto físico de nuestro personaje.

Era don José Nicolás de Villa y Tirado un sujeto que frisaba en los setenta y cinco años de edad, y evidentemente hombre de sangre azul, pues así lo revelaban sus facciones, irreprochablemente caucásicas. Su busto era alto y derecho; ni obeso ni flaco, si bien tenía ese ligero abultamiento ventral propio de sus años. Su cabellera gris, desaliñada, caía sobre las sienes y nunca en mechones desordenados. Tenía los ojos claros, pequeños, vivos y penetrantes como puntas de dardos. La nariz recta, alargada, terminaba en un pequeño truncamiento como el vértice recortado de un cono. De pequeña boca y de labios no muy gruesos, disponía de una sonrisa ocasional que mortificaba por lo sardónica y maliciosa. Era rico de barba, que afeitaba semanalmente, y que gris, como la cabellera, no dejaba al descubierto sino un par de pómulos rosados y enriquecidos por una sangre rutilante y bermeja. Su vestido era de una negligencia y pobreza lastimosas. Tenía camisa de género listado de algodón, que no abotonaba en el cue-

llo y que dejaba, por tanto, una parte del pecho al oreo, parte vellosa como la piel de un oso. Vellosos eran también los brazos y la parte dorsal de sus flacas y prolongadas manos, cuyos dedos terminaban poco recomendados por el aseo. Sobre la camisa llevaba ruana pastusa, fondo rojo y fajas verdes; el pantalón era ancho, mal cortado, de mahón amarillo, y los pies iban descalzos.

En el hábito externo de este hombre había una cosa permanente y peculiar, y era que llevaba siempre un gran pañuelo de algodón engarzado en el cuello de la ruana, mitad por dentro y mitad por fuera. De esta última se servía para asuntos propios de esta pieza.

El día a que he acabado de referirme, cuando tocó el turno de mi despacho, me dijo el anciano:

—¿Sabes escribir, pilluelo?

A la contestación afirmativa me hizo sentar y escribir bajo su dictado, veloz como una locomotiva de ferrocarril, la receta para mi hermano, y salí apresuradamente en cumplimiento de mi encargo y en busca de mi almuerzo.

En los días posteriores iba a hacer el mandado con menos disgusto porque comenzaba a interesarme el carácter del buen viejo. En su lenguaje tenía palabras, períodos, frases y locuciones enteramente propias, muchas de ellas del español antiguo, que formaban todas ligero contraste con los neologismos traídos

por los albores de la república. En vez de ahora decía *agora*; en vez de aunque decía *maguer*; en vez de hombre decía *home*, y en lugar de pícaro decía *bellaco*. Por este tenor don Nicolás exhalaba un pequeño aroma semejante al de las *leyes de partida* y al de todos los anteriores escritos peninsulares.

Llamábame no poco la atención el oírle responder, cuando algún compadre o algún amigo íntimo de los contornos le preguntaba al saludarlo: "¿Qué tal, señor, qué hace usted?" —"Aquí mundeando, *home*"—respuesta singular para un sujeto que no salía jamás de la casa.

La curiosidad de don Nicolás era inagotable, y tanto averiguaba por las vidas ajenas, que para intruírse en la crónica general del país no había necesidad sino de platicar con él, y digo platicar, porque la palabra plática le era exclusiva, y nunca la de conversación.

Jamás cobraba honorarios por su trabajo profesional, y a veces montaba en cólera cuando se le pedía una cuenta. Recibía en raras ocasiones algún regalo como manifestación de gratitud; pero entre los obsequios de esta clase estimaba mucho más que cualquiera otra cosa, un gallo o una gallina de raza inglesa, para cría, o bien un ternero o una novilla para echar a pacer en la pequeña pero fértil pradera que formaba su heredad.

En los días en que estaba de gorja se chan-

ceaba mucho con los clientes. Una vez consultado por una sencilla campesina, le decía:

—Pues bien: explique usted lo que tiene.

La pobre mujer, con algún embarazo, respondía:

—Es una cosa aquí en el vientre y en el pecho, que como que me sube y como que me baja.

—Perfectamente; haga usted como que pone y como que no pone unas gotas de nitro dulce en una pulcetilla de agua de azúcar, y después haga como que toma y como que no toma y quedará buena.

La memoria fue facultad grandemente desenvuelta en mí en la niñez, en la juventud y aun en la edad adulta. Ya la voy perdiendo.

Pues sucedió que en virtud de aquella facultad y por tener un poco de agilidad en la mano, llamó un tanto la atención del señor de Villa mi manera fácil de seguir su dictado al tiempo de escribir las recetas. No sé bien si por fortuna o por desgracia, esta circunstancia hizo que el hombre cambiara de método en la elección de secretario, y me estableciera en calidad de tal de una manera perpetua. Sin duda alguna fue por desgracia, porque las consultas, en tiempo de epidemia, se prolongaban a veces hasta la una de la tarde, hora hasta la cual mi infantil estómago, exigente cual lo es siempre en la niñez, quedaba sin recibir un bocado. La situación se hacía tor-

mentosa por cuanto el médico era un glotón de fuerza hercúlea, y por cuanto hacía siempre su almuerzo en mi presencia, sin cuidarse de ofrecerme la menor participación en él.

Oigo hablar frecuentemente de inteligencia y de talento, y veo con extrañeza que estas dos palabras se toman en significación sinónima, cuando tan diversas cosas deben expresar. Consiste la inteligencia en tener la facultad perfecta para la percepción de las impresiones y para el arreglo exacto de las ideas, que es su consecuencia. Consiste el talento en la fácil manifestación de las concepciones y en la práctica sensata y provechosa de los actos que ellas reclaman. El hombre puede tener inteligencia careciendo de talento, pero no puede tener talento careciendo de la primera. Podemos tener ambas facultades a la vez, y eso puede ser considerado en ocasiones como la base del genio. La aplicación del talento a las operaciones de la vida, cambia tanto como ellas en su naturaleza. En los pueblos esencialmente mercantiles y especuladores, el talento que no conduzca a la riqueza es talento estéril o del malo, el que lleva a la fortuna, es talento del bueno. Por eso vemos ricachos imbéciles y sabios torpes.

Don Nicolás de Villa y Tirado tenía inteligencia y talento; inteligencia, porque sabía concebir; talento, porque sabía ejecutar; pero

ambas facultades estuvieron en él sin esmerado cultivo.

El discurso habitual de mi compatriota era fácil y ameno, especialmente cuando no adolecía de una indisposición moral, que nuestros padres llamaban la *vena*, lo mismo que nosotros llamamos ahora *esplín*, para parecernos a los ingleses, mal humor o fastidio, cuarto enemigo del alma, descubierto por *Emiro Kástos*.

Pues, como iba diciendo, don Nicolás era un homhre hablador y divertía a sus oyentes con lo que se nos divierte siempre, es decir, con la murmuración. Para calificar los hombres lo hacía a veces con cierta dureza que rayaba en crueldad; pero, valga la verdad, la reflexión me ha hecho pensar que la severidad de aquellos juicios más estaba en la forma que en el fondo. Y no podía ser de otro modo, porque aquel aire sarcástico era empleado de una manera fugaz, por un filántropo de primer orden, que consagró más de cincuenta años de su existencia al servicio de la humanidad, con desprendimiento nunca desmentido y con loable desinterés. De otro lado, ese fenómeno psicológico, que ofrece contraste entre la naturaleza íntima de un carácter y sus formas aparentes, como en visible contradicción, no es raro en el estudio del mundo y de la historia. En lo íntimo, Molière es acaso el personaje más sustancialmente silencio-

so e hipocondríaco. Sin embargo, nadie como él ha arrancado del pecho de la humanidad más estridentes y ruidosas carcajadas. Don Mariano José de Larra pasó su existencia en el fondo de una oscura noche de tristezas, y nadie como él ha hecho desplegar los labios con más franca y alegre sonrisa. Busca el hombre con estos cambios justa compensación para los martirios de una pertinaz obsesión moral, sin que eso pruebe ni disimulo ni mala índole. Personajes he conocido, en el curso de mi vida, ya de severísimas costumbres y de livianísimo trato en las palabras, ya de delicada ternura de sentimientos, aunque de terribles explosiones de ira, o ya en fin, de nobilísima generosidad, en medio de ruines y miserables manifestaciones. Así parece ser el mundo.

Dije que el médico de este boceto era filántropo y consagrado al servicio de la humanidad. De qué medios pudiera disponer para que esos servicios fuesen efectivos, es lo que voy a tratar de explicar en brevísimas palabras. El había estudiado en su juventud lo que podían dar de sí las poquísimas obras de que podían disponer los colonos. Después, dado a la práctica, sus estudios se concentraron en la práctica misma, excelente maestra, y en la meditación asidua y constante de las obras de Cullen, que contienen, en mi opinión, las doctrinas más avanzadas de la ciencia mé-

dica hasta la época en que fueron escritas, sobre todo en lo que se refiere a las fiebres. Estas obras fueron encontradas después de la muerte de don Nicolás, en una caja de madera y debajo de una cuja, armazón semejante a las camas de hoy, aforrada, como las sillas de entonces, con un cuero de res sin preparación alguna.

Los conocimientos quirúrgicos de aquel tiempo estaban comprendidos en dos operaciones comunes, practicadas con harta frecuencia; hacer sangrías y extraer muelas. Amputar brazos y piernas era privilegio, casi exclusivo, de don José María Upegui, y si alguna vez se ejecutaba por otros, era asunto que se colocaba en la categoría de las rarezas. La sonda para el catelerismo no era conocida, y por ende tota enfermedad que ponía obstáculos a la emisión de los líquidos del cuerpo humano, era mortal; el mal de orina sobre todas. Las demás dolencias que hoy corrigen felizmente nuestros cirujanos, se hallaban en la misma situación, y como las boticas, la farmacopea y los principios de la terapéutica, cosas todas que arreglan y dan conocimiento sobre la preparación y administración oportuna de los remedios, eran materias totalmente ignoradas, se comprende que los recursos de que podían disponer los curanderos de entonces eran sobradamente exiguos. En tal caso se encontraba don Nicolás.

En compensación, aquellos médicos disponían anchamente del almacén botánico de nuestra rica flora tropical. Ellos no alcanzaban sobre esto lo que alcanzan hoy los sabios. Su nomenclatura estaba lejos de ser científica; sus conocimientos no estaban basados en el análisis químico; sus calificativos eran vulgares, y las virtudes de las plantas les llegaban más bien por tradición empírica que por otro camino. Malva, malvavisco, bledos, perejil, hinojo, toronjil, grama, espadilla, borraja, cerraja, poleo, yerbabuena, naranjo, quina, zarza, china, vendeaguja, botoncillo, eneldo, etc., etc., formaban la base de un repertorio vegetal, más cuantioso todavía, de que se hacía uso llegada la ocasión. Estos recursos eran auxiliados por los que brindaban otros de más alta jerarquía, como el nitro, el maná, el crémor, la miel de abejas, la raicilla, la jalapa, el ruibarbo, el tártaro, el espíritu de nitro y otras drogas con que comenzábamos a familiarizarnos entonces.

Entre todos estos elementos rodaba la medicina práctica de don Nicolás. El razonaba poco delante de sus clientes, formaba su diagnóstico con rapidez y formulaba con prontitud. A todo tabardillo administraba *frescos* en su principio y *calientes* al fin. Por medicina fresca se entendía todo lo que hoy es aperitivo y emoliente, y por medicina caliente todo lo

que hoy conocemos como reconfortante y tónico.

Había en eso el principio de la clara visión de que en todo movimiento inflamatorio se debe buscar la calma del organismo y de que en toda debilidad orgánica se debe tratar de levantar la fuerza. Eso era ya algo; pero se chocaba con el tropiezo de que los agentes curativos eran empleados a diestro y siniestro, con poquísimo discernimiento y malísimo criterio.

En las fiebres tifoideas, el señor de Villa había notado que una de ellas asumía forma lenta, con altos y bajos, con veleidades diarias de gravedad y mejoría, y a ésta dio en llamar la *fullerita*, calificación un poco pintoresca, pero de errónea etimología, por cuanto la fiebre no hace ni puede hacer trampas al juego, que sería en rigor el verdadero significado de la palabra. Por otra parte, él no hacía con esto sino tributar homenaje a la corrupción que hemos introducido en nuestra habla provincial.

Del rico acopio de hierbas de que podía disponer hacía uso y abuso en grande y prodigiosa escala. Algunas de sus fórmulas tenían como ingredientes indispensables hasta veinte plantas distintas, por manera que, llegado el papel a casa de los dolientes, necesario era que una falange de comisionados anduviese por huertas y jardines, por prados y rastrojos, por

bosques y colinas, por cerros y por breñas; éste en busca de la aristoloquia, aquél en la de la cascarela y el otro en indagación de la zarzaparrilla.

Al paso que sucedía lo anterior, el cuerpo de domésticos quedaba íntegramente ocupado en la preparación de las medicinas. Multitud de vasijas eran puestas sobre la lumbre. Aquí clarificaban suero, allí preparaban almíbar, allá hervían una tizana, acullá sazonaban un caldo y más allá confeccionaban un clisterio. Todo era movimiento y actividad, todo ocupación y lidia, todo laboriosidad y fatiga, y en cuanto al infeliz enfermo, su suerte era desastrosa: apósitos por centenares, emplastos por decenas, fricciones, unturas, lavativas, vomitivos, purgantes y, sobre todo, bebidas en cantidades monstruosas y tan complicada era esa polifarmacia, que los dolientes daban con frecuencia en terminar sus penas bajo la siniestra influencia de una hidropesía.

Fatigado por la práctica, como todo médico anciano, pero sin disminuír la multiplicidad de sus drogas, nuestro doctor había terminado por uniformar sus prescripciones, y por no cambiarlas ni modificarlas sino en ocasiones que él miraba como solemnes. Nada tiene eso de extraño: el doctor Cheyne hacía lo mismo en sus últimos años, y así lo practican casi todos.

Aconteció por lo dicho, que siendo yo secre-

tario y habiéndome fijado en esa circunstancia capital, aprendí de memoria cuatro o seis fórmulas de las que consideraba clásicas y sacramentales.

Cierto día don Nicolás estaba de júbilo, y lo estaba porque varios amigos reunidos iban a verificar la rifa de un grandísimo novillo cebado en su pequeña posesión.

Había principiado ya la tarea de despachar clientes, muy numerosos a la sazón, por ser tiempo de peste, que así llamaba mi maestro las epidemias, cuando apareció el grupo de jugadores. Incontinenti, el señor de Villa suspendió toda ocupación profesional, saludó cariñosamente a sus invitados, me dejó con la pluma en la mano, a los clientes en expectativa, y salió con los tahúres al vecino campo, para hacerles contemplar de cerca el precioso animal que iba a ser puesto bajo el caprichoso influjo de las veleidades de la fortuna.

Como a esta parte de mi escrito sigue una anécdota que me es personal, bueno será que me recate un tanto con la referencia de una reflexión precautelativa.

La noche que siguió a la batalla de Pultawa, el famoso Carlos XII de Suecia se guarecía contra la intemperie bajo el ramaje de una grande encina, rodeado por un escaso grupo de oficiales que habían abandonado el campo con él. Entre esos oficiales había uno cuyo nombre ha venido hasta nosotros inmor-

talizado por el genio de lord Byron. A ese veterano, que mis lectores habrán conocido ya, ordenó el rey que contase sus aventuras para distraer con ellas el tormento de la derrota y el fastidio de la velada. El capitán Mazepa, el de los amores reales, la víctima del conde Pratino, el del caballo de la Ukrania, el de la carrera maravillosa, el de los buitres y los lobos y el salvado por milagro, decía entre otras cosas: «Señor, en aquel tiempo era yo un bellísimo mancebo, cosa que es permitido decir a todo el que por la influencia de los años ha perdido esa ventaja."

Hecha la anterior reserva, que espero se referirá benévolamente a mi memoria para no cargarme con la nota de vanidoso, vuelvo a mi relación y entro en la exposición de mi cuento. Espero indulgencia con tanta mayor razón, cuanto la profesía encerrada en la anécdota ha pasado ya su tiempo de verificación, sin que la realidad de ella haya venido a consolarme.

Decía, pues, que el día de la rifa, el célebre profesor se había ausentado del gabinete de trabajo, dejándome con la pluma en la mano y en frente de los peticionarios de receta. Hizo la casualidad que un pobre campesino, de esos como hay tantos, que con su fisonomía provocan alternativamente nuestra compasión y nuestra risa, quedara en cuclillas muy cerca y delante de mí. El buen hombre era un

tanto amulatado, tenía sombrero de palma, camiseta mulera, camisa de lienzo gordo y pantalones de manta. Habíase acomodado de una manera extraña y en la actitud que solamente los *chinos* saben dar académicamente a sus juguetes de sobremesa. Las plantas de los pies descansaban sobre el suelo; los muslos tocaban en toda su longitud la parte posterior de las pantorrillas; las rodillas elevadas recibían respectivamente ambos codos; las posaderas quedaban al aire; las palmas de las manos servían de descanso a la mandíbula inferior y a las partes laterales de la cara, y los ojos grandemente abiertos, pero con vaga y tristísima expresión, estaban constantemente fijos en mí. Me parece recordar que ese pobre hombre era de Girardota, Hatogrande en aquella época.

Después de brevísimo rato, trabóse entre aquel sujeto y yo el siguiente cortísimo diálogo:

—¿Qué solicita usted, amigo?

—Una receta, amo.

—¿Y para quién?

—Para un hermano que tiene la peste.

—¿Trajo usted papel?

—Sí, amo.

—Délo acá.

Entregó el papel.

—¿El enfermo tiene sarro en la lengua?

—Sí, señor.

—¿Blanco, amarillo o negro?

—Negruzco.
—¿Sequedad en la boca?
—Como la de un loro.
—¿Vómito?
—Mucho.
—¿Sed?
—Muchísima.
—¿Delirio?
—Un poco *prevaricado.*
—¿Calentura?
—Mucho *causón.*

El campesino calló mientras que yo, sin que hoy mismo pueda darme cuenta del movimiento que a ello me impulsara, y siguiendo uno de los dictados de mi maestro, me puse a escribir sobre el pedazo de papel de aquel infeliz.

Cuando estaba escribiendo las últimas palabras, entró el señor de Villa. Percibí que al entrar había notado mi ocupación, y percibí también en su fisonomía un ligero fruncimiento de cejas que pasó con la rapidez de un rayo fugaz de luz. En otras circunstancias aquel ligero movimiento de los músculos intraorbitarios me hubiera producido un ataque epiléptico; pero en aquel momento permanecí tranquilo, porque la cara de don Nicolás estaba radiante de alegría. La rifa iba a principiar.

—¿Qué hacías ahí, picaruelo?

—Escribía la receta para el enfermo de este hombre—dije con aplomo.

Guardó silencio por un segundo, reaccionó en otro y me dijo con una amable sonrisa:

—Lée lo que has escrito.

Y escuchó. Entonces, con el mismo aplomo y con entera serenidad, leí lo que sigue:

«Tomará en el día tres vasos de una tizana compuesta con una pucha de suero, un puño de verdolaga, raíz de grama, borraja, cerraja, perejil, vendeagujas y espadilla, agregándole treinta goteras de espíritu de nitro dulce, once granos de sal de nitro, una cucharada de miel de abejas y un terrón de azúcar. Por la noche le pondrá una lavativa de cocimiento de malva, bledo, batatilla, tamarindo, cañafístula y panela."

Cuando acabé de leer, fijé la vista en la fisonomía del doctor. Esperaba una reprimenda; pero no fue así. Oída la lectura, volvióse con alguna amabilidad hacia uno de los vecinos del pueblo de mi nacimiento, quien debía figurar como jugador en la partida, y le dijo con aire solemne estas para mí memorables palabras:

—No sabe mi compadre José María lo que tiene en este *cachinillo*: díle que digo yo que lo mande al colegio, porque con el tiempo podrá ser una gran cosa.

Despachó luégo su clientela con grandísima rapidez, almorzó dictándome recetas, salimos todos, y él fue con sus amigos a la rifa del buey gordo.

Talvez el vecino refirió a mi buen padre lo acaecido en aquel día; talvez se halagó su amor paternal con lo lisonjero de la predicción; es lo cierto que dos años después yo aprendía de memoria los nominativos en los claustros del colegio de Nuestra Señora del Rosario, en Bogotá, bajo el ala protectora de Wenceslao Uribe Angel y bajo la poderosa ayuda de Pedro Uribe Arango y de José Duque Gómez. Bendiga Dios las almas de esta trinidad, cuyo recuerdo vive perdurablemente en el fondo de la mía como prenda de gratitud.

Pasados nueve años regresé al hogar doméstico, y volví ya en calidad de doctor en medicina.

Mi primer cuidado al entrar en la casa paterna fue el de preguntar con vivo interés por el estado del anciano; se me dijo que si no había muerto aún, moriría en esos momentos, pues estaba gravísimamente enfermo.

Un día después, sabiendo que no había terminado aún, fui a visitarle. Al entrar en su humilde alcoba y al contemplarle en su sencilla agonía, un respetuoso y tierno sentimiento de compasión se apoderó de mí. Estaba en las últimas horas de su existencia. Me aproximé a su pobre lecho: sus facciones estaban descompuestas; algunas gotas de sudor frío rodaban por su frente; sus mejillas habían palidecido; sus labios estaban áridos, y su enflaquecimiento era extremado. Al tomar su brazo para exa-

minar el pulso, abrió lentamente los ojos, los fijó en los míos y exclamó con voz débil pero clara:

—¡Manuelito!

Y volvió a cerrarlos.

Un buen hombre que le prestaba sus cuidados, levantó suavemente la sábana con que estaba abrigado, poniendo a mi vista la parte anterior del pecho. Toda ella estaba corroída por las devastaciones de una inmensa úlcera cancerosa, resonancia lejana y funesta del cancroide que había amenazado su vida en su primera edad. Veintidós años contempló silencioso y resignado el incremento gradual de la úlcera que lo llevó al sepulcro, porque en la noche que siguió al día de mi visita, terminó su carrera este hombre, que, si no eminente por su sabiduría, sí merece el título de esclarecido por su eximia y nunca desmentida caridad.

Poco más, poco menos, todos los recetadores de aquel período procedían de idéntica manera: cambiaban talvez en las formas, tenían un modo de ser personal un poco diferente; pero en el fondo casi todo era igual.

No así aconteció con los profesores que fueron llegando después. Estos no vestían con la misma rusticidad. No hubo ya camisa de algodón, ni ruana pastusa, ni pie descalzo, ni pantalón de mahón amarillo, ni pelo desaliñado. Y hubo sombrero negro de felpa, corbata de seda, blanca camisa, frac o levita, chaleco

bien cortado, rico reloj, pantalón de paño y pulido bastón. Estos atavíos han venido a ser realzados luégo por una linda colección de instrumentos para el diagnóstico y tratamiento de las enfermedades: densímetro para los líquidos, esteroscopio para la auscultación, termómetro para la temperatura, y todo eso sin contar reactivos de gabinete, microscopios, cajas para ensayo, ricos y variados instrumentos de cirugía, carteras en tafilete, portafolios para apuntes, etc., etc.

De otro lado las boticas y botiquines se han multiplicado; las drogas generales y especiales han venido a ser comunes y abundantes; los libros clásicos, de pronta y fácil adquisición; los diarios y revistas científicas, al alcance de todos los profesores, y en fin, todo lo que expresa comodidades, progreso y adelanto rápido en el mundo europeo, viene a nosotros con relativa velocidad.

Desde el doctor Hugo Blair hasta el año de 1850, poco más, poco menos, la mayoría de los médicos antioqueños sacó su instrucción de la universidad central de Bogotá, y como aquella escuela incipiente y atrasada aún, comenzase apenas a recibir, como por tradición, los principios de la medicina francesa, todo lo que por acá venía, estaba calificado con el tipo de medicina de Broussais.

Por allá en el centro de la república las cosas no marchaban, respecto al arte de curar,

mucho mejor que por acá, y si he de escribir la verdad entera, puedo asegurar que hasta entrados y corridos algunos de los primeros años de la república, el asunto era lastimoso. Había unos pocos sabios que merecían este nombre, teniendo en cuenta su erudición escolástica, pero que ningún derecho tenían a reclamar en su favor el espíritu filosófico que comenzaba a impregnar la ciencia en el viejo mundo.

Los frailes de San Juan de Dios recetaban ignorantemente y por rutina, como se acostumbró siempre en esa corporación, a no ser que se tome como cierta la competencia científica del reverendo padre Isla, de que hablaban con recogimiento y admiración algunas viejas bogotanas a quienes más de una vez oí ponderar los milagros de aquel religioso.

Hubo un don Sebastián López, quien, si he de juzgar por referencias oídas en mi niñez, más tenía de arrogante y altivo que de hábil y de sabio.

En medio de todas las faenas guerreras de nuestra independencia, fueron apareciendo personajes bastante notables, que en los primeros tiempos conocían medianamente su galeno, su Voerhabe, su Haller, su Frank y su Humter; pero que no alcanzaron a tinturarse con el brillo revolucionario del arte moderno, sino al tiempo en que por el feliz desenlace de la lucha de emancipación, mejores noticias, mejores libros, mejores ideas y mejores hombres comen-

zaron a tener más libre acceso en el campo de nuestra patria. Francisco y Manuel María Quijano, José Félix Merizalde, Domingo Arroyo, Ignacio Osorio, Joaquín García y algunos más, sin contar a don Vicente Gil de Tejada, que puede ser considerado como el maestro común, por su extenso genio y magnífica ilustración, todos aquellos señores formaron el grupo a que aludo.

Concluída la guerra aparecieron cuatro personajes extranjeros importadores de la provechosa simiente del saber. Tres de ellos, médicos puramente prácticos, se dedicaron exclusivamente atrabajos de su profesión. Eran esos los doctores Davoren, Daste y Cheyne. Los dos primeros pasaron su tiempo en humilde condición; mas el último llenó la tierra granadina con la inmensa reputación de su pericia.

Más inclinado al profesorado que a la práctica, el doctor Broc, francés de nacimiento y profundo anatomista, se consagró a la enseñanza en el anfiteatro anatómico de Bogotá. Los viejos profesores y no pocos alumnos de la juventud nacional oyeron sus lecciones y aprovecharon el alcance de sus demostraciones científicas. Motivos de recuerdo poco honroso para el país, alteraron el humor de aquel sabio y produjeron el abandono que hizo de su cátedra para regresar a su patria y morir en ella en la indigencia y en el infortunio, no sin dejarnos, eso sí, débil pero segura la planta del

saber, cuyos frutos debían ser cosechados alternativamente por la juventud estudiosa.

En Europa las cosas pasaban de otro modo: allá el espíritu filosófico y experimental se encontraba muy avanzado. Sin hablar de otros muchos, Haller había iluminado el campo para explicar perfectamente los fenómenos de la vida; Brussais, con mucha inteligencia y poco juicio, levantaba muy arriba los principios de la fisiología, predicados por el genio inmortal de Bichat; Chossier, profesor de la misma ciencia, creaba el poder intelectual de Magendie, y éste trasmitía el germen de la verdad y de la exactitud a su discípulo Claudio Benard. Escuelas y hombres, agrupados al rededor de estos focos de luz, desenvolvían en el mundo viejo el gran sistema científico que hoy llega, lleno de claridad, a estos remotos y todavía no muy civilizados países de la América española.

La escuela fisiológica francesa, o mejor dicho, su jefe Brussais, encontró un antagonista poderoso en la escuela inglesa, y muy especialmente en Brown, escritor audaz, que atacaba con todas sus fuerzas la propaganda de sus vecinos. El debate fue acalorado; a la flema británica se oponía la vivacidad francesa, resultando que los principios sostenidos por una y otra escuela, casi diametralmente opuestas, llevaban el tipo que caracteriza el genio de uno y otro país. En la escala vital, comenzando

por el punto que marca la salud, y acabando por el que marca la muerte, los doctrinarios franceses no percibieron, como predominante, sino el elemento inflamatorio, mientras que sus antagonistas no alcanzaban a ver otra cosa que desfallecimiento y debilidad en la mayor parte de las enfermedades. De aquí provino que mientras los unos pretendían corregir el mayor número de dolencias con emolientes y refrigerantes, los otros buscaban la tonicidad y el estímulo por todas partes. Aferrados a sus opiniones, con increíble tenacidad, ambos cayeron en lo exclusivo, en lo erróneo y absurdo, porque el error está siempre en los extremos de las opiniones. La verdad, que como siempre sucede, debía encontrarse en un justo medio, estuvo desconocida, y su descubrimiento aplazado para los tiempos en que la histología y la anatomía patológica asignasen a cada caso morboso el lugar que debía corresponderle.

Mientras esos dos formidables rivales en la región de la inteligencia lidiaban por dirimir las dificultades científicas, la escuela alemana, sin meter gran ruido y sin dejarse apasionar, trabajaba en silencio y con una paciencia propia únicamente de su carácter, para establecer la base de sus creencias propias sobre el sólido terreno que hoy, con voluntad o sin ella, se ven compelidos a reconocer todos sus competidores.

La Italia continuó sus trabajos con humil-

dad, perseverancia y provecho; las escuelas subalternas de Europa hicieron otro tanto, y en medio de ese movimiento efervescente y magnífico de la idea, principió a surgir con facciones colosales la escuela médica norteamericana, que tan alto y distinguido puesto va consiguiendo en el campo del saber.

Las doctrinas francesas se mostraron fascinadoras y elegantes, especialmente en el anfiteatro y en el laboratorio. No les aconteció lo mismo en su aplicación clínica, porque eran deducciones prematuras de conclusiones hechas por razonamientos *a priori*.

Así con esos caracteres fue introduciéndose en nuestra república el arte de curar. Relaciones más fáciles y frecuentes con el pueblo francés que con los demás pueblos civilizados, mayor parentesco en el idioma y, por consiguiente mayor comodidad para la lectura de los libros de enseñanza, más intimidad en las relaciones comerciales, más proximidad en las creencias políticas y religiosas, y muchas otras razones hicieron que la semilla de los conocimientos humanos cayera en nuestro campo como en un terreno fértil en que hallaría pronta fecundación.

Las primeras nociones suministradas por el doctor Broc, y algo más tarde por el doctor Rampon, fueron propagándose con alguna actividad y de un modo alternativo entre varios

estudiantes que asistían a seguir cursos en la universidad central.

Entre varios personajes recomendables de esos tiempos tuvimos, para honra del país, al joven León Vargas, anatomista y cirujano distinguido, hijo de la provincia del Socorro, arrebatado tempranamente, por una muerte lamentada, al servicio de la humanidad. Fue este compatriota el primero que practicó en la Nueva Granada la operación de catarata con buen éxito, valiéndose para ello de una pobre aguja, fabricada por un herrero de San Gil. Los doctores Jorge Vargas, Juan D. Tavera, Vicente Lombana, Antonio María Silva, Joaquín Sarmiento, Antonio Vargas Reyes, Camilo Manrique, Cayetano Uribe, Sixto Durán, sin contar otros muchos, fueron de los primeros que, como provechoso fruto, salieron del viejo plantel de educación nacional.

Con las ideas adquiridas, y fervientes devotos de los exagerados principios de la escuela de Brussais, vinieron a practicar su oficio en Antioquia los primeros profesores, entre los cuales, como lo indicámos al principio de este trabajo, estuvieron los doctores Antonio Mendoza, José María Martínez Pardo, Sinforiano Hernández, Ignacio Quevedo, Juan C. Uribe, Lázaro Santamaría, Demetrio Barrientos, Ulpiano Urrea, Angel María Gaviria, Manuel V. de la Roche, Fausto Santamaría y Pedro Uribe Restrepo. Este último, aunque de los más

antiguos, hacía idéntica importación, traída de la capital misma de Francia, en donde pasó algunos años con el fin de instruírse en los principios y reglas del arte de curar.

El reinado de la medicina de Brussais, en Antioquia, tuvo su término entre los años de 1852 a 1853, siendo preciso advertir que, aunque medicina casi exclusiva, tuvo desde el principio el correctivo de la doctrina inglesa, representada por los doctores Jervis y Willlamson, que practicaban al mismo tiempo que nuestros compatriotas.

De todas maneras, el sistema dominante consistía en ver inflamaciones en la mayor parte de las dolencias y en ver comburentes en la mayor parte de los agentes medicinales. De estas dos circunstancias debía resultar, y resultó, que los primeros pasos dados por nuestros doctores fueron marcados con el sello de una timidez lamentable. Esta medicina, esencialmente negativa y miserable, encerró el espíritu de los sabios en un círculo tan estrecho, que comprimido el pensamiento no encontraba expansión ni salida posibles. Temerosos del incendio que debían producir los tónicos francos, los purgantes, los vomitivos y los estimulantes de todo género, cayeron forzosamente en el empleo de cataplasmas y fomentaciones emolientes; en el uso y abuso de los musilaginosos y refrescantes; en la aplicación funesta de sangrías generales y locales, y en lo más des-

graciado todavía, de someter a los pacientes a una tristísima y mezquina dieta que rayaba en un sistema de inanición. Creo que matámos no pocos infelices con esa precaria y deplorable medicina. *Dios nos perdone el mal por el intento.*

Empero, el espíritu humano rehusa estar perpetuamente aprisionado. Una clausura semejante para la razón, debió pedir como por instinto el goce relativo de más amplia libertad. Esas ataduras fueron rompiéndose paulatinamente, tanto por convicciones personales, cuanto porque la luz, fuerza matadora de preocupaciones, nos llegaba lentamente del viejo mundo.

En medio de las vacilaciones producidas por esta defectuosa educación, nuestros hombres de ciencia principiaron con alguna felicidad a poner los cimientos del edificio que en esta época, y al través de grandes dificultades, se trata de llevar a término.

El señor Pedro Uribe Restrepo contribuyó no poco a esta obra de progreso intelectual. Dotado de poderosa inteligencia y con la ventaja de haber visto y oído a algunos de los grandes maestros europeos, aquel personaje, provisto de caudalosa memoria y de natural elocuencia persuasiva, consiguió vulgarizar ideas y principios, que bien pronto quedaron al alcance de las multitudes. A pesar de haber caído en lamentable pobreza, jamás dejó de ser

humanitario y liberal en altísimo grado. Debióse a él, en gran parte, la fundación del actual hospital de caridad de Medellín, y la erección del cementerio de San Pedro en esta misma ciudad. Uniendo a sus conocimientos médicos alguna variada instrucción literaria, y poseyendo decidida inclinación a lo bello, a lo bueno y a lo útil, propendió igualmente a la creación de un teatro, que es el único que hoy existe en el lugar para representaciones cómicas, dramáticas y líricas. Los adelantos en materia de farmacia, iniciados por él, le son deudores de un rápido y provechoso movimiento.

El doctor Antonio Mendoza, dado al ejercicio de la medicina interna, y ajeno, como Uribe Restrepo, a la práctica de la cirugía, ha hecho en el campo de su actividad intelectual mucho bueno y mucho grande para honra del país y para beneficio de su profesión. Patriota activo y acalorado, no ha sido extraño a los ingratos trabajos de la política militante, circunstancia desgraciada para el adelanto de sus estudios fundamentales.

El doctor José María Martínez Pardo, contemporáneo del doctor Antonio Mendoza, ejerce su profesión en la ciudad de Antioquia, y de él podemos asegurar, sin exageración, que es uno de los más eruditos y eminentes sabios de Colombia; pero más alto que su sabiduría está su carácter moral. Si no lo consideramos como el decano de la ciencia médica, no es

por falta de merecimientos, sino porque su alejamiento de lo que puede llamarse el centro literario de Antioquia, lo ha separado del contacto directo de la mayoría de sus profesores.

El doctor Ignacio Quevedo, venerable decano hoy de la facultad médica de Antioquia, ha sido tan perito en el tratamiento de las afecciones internas, como hábil y diestro en el manejo del escalpelo y del cuchillo para combatir las dolencias externas. Audaz y seguro, andando con firmeza sobre la base de sus extensos conocimientos anatómicos, ha ejecutado siempre prodigios de arte sobre el cuerpo enfermo de sus pacientes, para devolverles la salud y asegurarles la existencia. Entre otras operaciones que dan honor y lustre a su vida científica, se debe a él la primera ejecución feliz de la operación cesárea en este Estado. Por otra parte, sus maneras sacerdotales como profesor, su noble carácter, su altísima filantropía y la circunstancia de serle deudores de sabios consejos y de preciosas enseñanzas, hacen que todos de consuno le miremos con el respeto y veneración debidos en justicia al patriarca de la ciencia.

El doctor Fausto Santamaría, verdadero genio, infelizmente malogrado, puso una sólida piedra en el edificio de nuestros adelantos profesionales, practicando por primera vez, con lucido y magnífico resultado, la operación de la talla vesical en la mujer.

Los otros profesores que he acabado de citar como obreros en el primer período científico, cuál más, cuál menos, todos han llenado su deber con lucimiento y con honra; mas antes de entrar en la exposición de lo que a varios de ellos y a algunos de los que han seguido después, ha tocado ejecutar para acelerar el movimiento progresivo de la medicina, bueno será que insista un tanto en la explicación de un hecho que tengo ya iniciado.

He dado a entender que, violentada en un estrecho campo la inteligencia de los profesores por el poderoso influjo de las primeras nociones fisiológicas de la escuela francesa, una espontánea protesta principió a surgir, del fondo del pensamiento, en contra de la estrechez de miras y de la pobreza del sistema dominante.

La protesta debía implicar el abandono de ciertas drogas inútiles por la esterilidad de sus efectos y la adopción de agentes más enérgicos, para corregir favorablemente las alteraciones del organismo. Eramos tan acuitados y tan temerosos en aquel tiempo, que por arrojo administrábamos a un enfermo dos granos de quinina en veinticuatro horas, cosa que no deja de hacer contraste con las altas dosis que hoy se aconsejan.

Al mismo tiempo que esa independencia terapéutica iba tomando fuerza respecto a la quina y sus bases, lo mismo tenía lugar en rela-

ción con el opio y las suyas. A este tenor todos los agentes heróicos iban abriéndose campo, tímidamente al principio, con mayor arrojo después, y con energía al presente.

Esto explica el porqué los antimoniales, las sales de mercurio, las de potasa y soda, las de cloro y manganeso, las de plata y oro, las de fósforos y arsénico, entre los preparados minerales, y entre los vegetales, los de belladona, de cicuta, de acónito, de nuez vómica, de veratrina, de jaborandi, de haba de Calabar y otros muchos, han venido familiarizándose con nuestra práctica, creando infinitos recursos y habilitándonos para la corrección saludable de las enfermedades cuando el caso es posible.

Entre la finalización del predominio fisiológico de Brussais y la introducción de la doctrina hoy reinante, hubo un momento de crisis, cual lo hay siempre en todo movimiento inverso de convicciones y de creencias. Algunos médicos de los ya formados vieron otras escuelas, tanto en América como en Europa, y algunos jóvenes, en vez de tomar el camino que conduce a la capital de la república, para educarse en aquel punto, tomaron el que lleva a varias universidades europeas, especialmente a la escuela de París. En tanto que la actividad científica seguía un curso lento en Antioquia, en conformidad con los pobres recursos de la localidad y con los medios propios de las personas que la representaban, los alumnos de la

nueva generación, asimilaban con mayor o menor provecho el alimento intelectual que de boca de grandes maestros y en la fuente misma del saber, iban tomando con ansia y curiosidad. Mientras éstos regresaban al país, para colocar la medicina interna y la cirugía en una posición aceptable, uno y otro ramo ganaban terreno de un modo humilde pero seguro.

El doctor Jervis, muy joven aún, había comenzado a recibir en Inglaterra y Francia una esmerada educación profesional. Por causas que le fueron personales y cuya referencia no es propia de este trabajo, interrumpió sus cursos antes de concluir su carrera, y vino a América en calidad de médico de una compañía inglesa encargada de explotar las minas de Marmato. Con la reducida práctica de un escaso grupo de trabajadores, pero con gran inteligencia y talento, el joven inglés dedicó toda la fuerza de su robusta mocedad al cultivo del arte. Bien pronto su instrucción llegó a ser enciclopédica; medicina y cirugía propiamente dichas, ciencias naturales, lenguas modernas, política y literatura en el sentido bello de esta última expresión, todo llegó a serle familiar, y en todo era aventajado.

Por lo dicho, cuando dejó su retiro de Marmato para establecerse en Medellín, su fama se hizo colosal. Representaba para nosotros el mismo papel que el doctor Cheyne en Bogotá, y su influencia llegó a ser la de un reyezuelo

en el campo social. Desgraciado en el tratamiento de la disentería maligna de los trópicos, por deferencia apasionada al sistema inglés, de que no se desprendió jamás, y que en absoluto no puede ser aplicable a la sensible y delicada organización de la raza latina, habitadora de esta parte de la zona tórrida, su acción en el progreso de muchos puntos del arte de curar fue cierta y evidente. Este fue el cirujano que practicó por primera ocasión el cateterismo uretro-vesical para las retenciones de orina; fue diestro en el tratamiento de las estrecheces uretrales y perito en el manejo de otras muchas enfermedades.

Los doctores Williamson y Mc-Ewen, aunque en grado inferior a su compatriota, ejercieron digna y decorosamente su profesión con grandes ventajas para la humanidad, y si la carrera de su vida científica no está marcada por grandes hechos de progreso, sí lo está por las muestras no desmentidas de un carácter humanitario y benévolo.

Tocó a los médicos de esa época el honor de elevar a operación quirúrgica, clásica y reglamentada, la de la litotricia, intentada antes con mediano suceso por el doctor Durand, médico francés, y por el doctor Jervis.

La práctica de amputaciones de todo género, recepciones, ablaciones, extirpación de tumores, ligadura de pólipos y arterias, reducción de luxaciones, coartación de miembros y arreglo de

huesos fracturados; maniobras de obstetricia, curación de enfermedades uterinas y muchas otras de las variadas operaciones exigidas por las alteraciones orgánicas de cada región, iban siendo ejecutadas con regular suceso, aunque con las vacilaciones propias de los primeros pasos en todo movimiento inicial.

El doctor Manuel V. de la Roche ejecutó con bastante precisión los tiempos de la talla vesical en el hombre, no para la extracción de un cálculo, sino para la de una bala casualmente detenida en el bajo fondo de la vejiga. Esta misma operación con resultado variable, o próspero a veces y adverso en ocasiones, fue ejecutada un poco más tarde por el doctor Fergusson, cirujano experto, si bien médico general de reducidas dotes y de limitada ilustración. Este atrevido inglés, más que un buen cirujano en el sentido noble de la palabra, era un obrero mecánico de fabricaciones quirúrgicas. No así el joven Whiteford, alumno de la universidad de Edimburgo, en su primera edad, de la de Berlín un poco después, y de una instrucción sólida, metódica y positiva en alto grado. Su residencia entre nosotros fue corta, su experiencia poca, su talento mucho, su carácter noble y magníficos los recuerdos que dejó en el país.

Empero, esto de ser un profesor cumplido en medicina, presupone vastos, sólidos y multiplicados conocimientos. Es posible recetar con

fortuna ignorando muchas cosas; pero no se podrá jamás ser una notabilidad en el arte sin haber recibido una adecuada instrucción primaria. A quien no ha cursado convenientemente las materias propias de una buena escuela preparatoria, imposible le será entrar con lucimiento por el camino que conduce a la adquisición de conocimientos propios y especiales en el arte de curar. No es fácil que un individuo sea profundo en matemáticas, en física, en astronomía, en idiomas, en botánica, en geología, en mineralogía, en zoología, en ciencias morales, en ciencias filosóficas, en historia y todo a un tiempo; pero sí es posible que con buenas disposiciones intelectuales y con mucha aplicación llegue a adquirir una tintura más o menos competente en esos diversos ramos. Para ser perito un hombre en una sola de esas secciones del saber, es preciso a veces consagrarle toda una existencia; así como es esta condición indispensable para alcanzar competencia en la anatomía, en la fisiología, en la patología, en la higiene, en la clínica externa, en la terapéutica, en la medicina legal y en otras materias, que por su conjunto hacen la base fundamental de la medicina práctica. Sólo a los genios les es dado sobresalir en la posesión de muchos conocimientos a la vez; pero aun sin ser genio se puede alcanzar la distinción de ser generalmente ilustrado en los elementos profesionales. Sin el manejo constante

del lenguaje propio a cada departamento científico, sin la facultad de usar un tecnicismo puro que revele el conocimiento de las definiciones y de la expresión lógica de una doctrina, mal se puede aspirar a la calificación de hombre ilustrado. Por eso, para calcular la capacidad y competencia profesionales, es tan segura regla atender a la exactitud de las palabras usadas, a la verdad de las definiciones y al empleo castizo que se haga del idioma profesional.

En los países nuevos, atrasados en civilización y poco poblados, se toca con el inconveniente de que todo profesor se encuentra obligado a universalizar sus procedimientos y a pasar por la exigencia de servir para todo. Esta difusión de movimiento intelectual y material, debilita las facultades y contribuye poderosamente al descrédito de los individuos y al mal servicio de las poblaciones. Pretender que un médico abandone la cabecera de un enfermo a quien cuida en una fiebre tifoidea, para ir a practicar amputaciones y operaciones de cataratas, y pretender que este mismo hombre funcione alternativamente en un mismo día en partos, luxaciones, autoplastias y mil cosas más, es compelerlo a que desempeñe forzosamente mal sus funciones, con detrimento para su crédito y con perjuicio para sus clientes.

No sucede otro tanto en las grandes ciudades, en las cuales, por ser copiosa la pobla-

ción, las dolencias pueden ser divididas y subdivididas en categorías para formar en ellas habilísimos especialistas. En los Estados Unidos, en Inglaterra, en Francia, en Alemania, y así en todas las naciones cultas del mundo las capitales y las ciudades importantes por su población tienen doctores para cada asunto particular, bien sea para el tratamiento de las enfermedades de una región entera, de un tejido orgánico exclusivo, de una víscera u órgano aislado, y en ocasiones para una sola dolencia. El uno conoce las enfermedades del encéfalo, y ese es su fuerte; el otro las afecciones de la cavidad toráxica, y en eso estriba su ilustración; alguien se ocupa únicamente en las enfermedades abdominales, y en eso está basada su pericia. Alienistas, optalmologistas, sifiliógrafos, dermatologistas, ginecologistas, sin salir un momento del campo de sus trabajos, se encuentran por allá profesores a millares, y es fácil concebir que con esta ordenada subdivisión de trabajo los individuos que dan este giro a sus tareas de predilección lleguen a un punto de incomparable tino y de singular destreza. Tal cosa podrá reducir en algo el alcance de las facultades individuales, pero a buen seguro ese sistema perfecciona los conocimientos; y la verdad, aunque presentada a retazos, aislada y sin conexion, se almacena cuidadosamente en el rico granero de la civilización mientras llega un genio más poderoso que reúne,

compara, juzga, elabora, asimila y deduce la síntesis concreta que debe servir de base para pronunciar la palabra final de verdad adquirida y de progreso indisputable para las generaciones venideras.

Estaba, hace apenas una decena de años, luchando lentamente la medicina en Antioquia con las dificultades y obstáculos con que naturalmente encuentra en un país nuevo, adolescente y sin educación formada, cuando, como por la fuerza irresistible de los hechos cumplidos, comenzó a recibir de Europa el nuevo y saludable empuje con que hoy pretende asegurar su marcha. Ese impulso benéfico le ha venido y le está viniendo con los libros, las revistas, los instrumentos y los jóvenes educados que, concluídos sus trabajos, han llegado a la tierra natal como obreros prácticos en las labores del arte.

La experiencia de los primeros médicos, reunida a las ideas jóvenes y exactas de los recién llegados, está formando alianza para dar una nueva y ventajosa fisonomía a los estudios profesionales. Eso explica con claridad el por qué una corporación incipiente de médicos que ni aun ha logrado reunirse en un centro académico conduce con honor la bandera que le es propia. Muchos han sobresalido hasta ahora entre los iniciadores de los adelantos médicos. Ya he hecho mención de algunos, y aunque este estudio carezca de índole apolo-

gética, justo me parece mencionar rápidamente los nombres de algunos de mis colegas, tanto por no faltar a la justicia cuanto por consignar datos históricos, que más tarde podrán servir para la formación de los anales patrios.

El señor doctor Manuel V. de la Roche, caucano de nacimiento, francés de origen, por haberlo sido su padre, ha fijado su residencia en esta ciudad, ha formado un respetable hogar y ha servido útilmente, no sólo en la privada y simple esfera de médico práctico sino también con brillo esclarecido como obrero activo del movimiento civilizador. Profesor erudito y concreto, prudente e instruído, su acción es de las más acertadas y útiles para la humanidad doliente. Filántropo por carácter, su causa es la causa de los desvalidos, y hombre de una dualidad singular, tanto concentra su labor perseverante sobre los adelantos de sus estudios magistrales, cuanto sobre el progreso de la industria que, sola y por su virtud propia, habrá de regenerar en lo venidero la faz atrasada y pobre de nuestras poblaciones. El doctor De la Roche es un hombre tipo: nadie más perseverante que él y ninguno más trascendental en las miras posteriores de sus empresas. Alemán por la paciencia, francés por la actividad y americano-español por el entusiasmo, todas sus tareas toman por base esas tres condiciones. Sin hablar de otros, sus trabajos sobre sericicultura son suficientes y aun

sobran, para dar gloria a un obrero civilizador.

Al lado del doctor De la Roche tenemos otro personaje, de quien, y dejando a un lado todo sentimiento del tierno afecto que le profeso, pretendo decir cuatro palabras con sinceridad y justicia. Hablo del doctor Pedro D. Estrada.

El doctor Estrada, bajo severas y serias apariencias, que a primera vista pudieran ser consideradas como bravías y urañas, tiene una alma fina como el acero de plata, un espíritu tierno como el afecto de un niño, y un corazón suave como el contacto de una madeja de seda. Un tanto negligente y perezoso para dar aliento práctico a sus faenas, ofrece en compensación un riquísimo caudal de conocimientos, aplicables con buen éxito cuando trabaja cerca del lecho de sus pacientes. Este colega es el razonador más poderoso que tenemos hoy en cuestiones medicinales. Sumamente versado en el lenguaje técnico, y de un poder irresistible en materia de lógica, su discurso es siempre arrebatador y sus deducciones convincentes. ¡Lástima es que no sea más consagrado a las labores de su profesión!

Los doctores Francisco A. Uribe y Andrés Posada Arango, sin dejar de ser muy instruídos en la ciencia médica, tienen por su parte la ventaja de cultivar con esmero y aprovechamiento las ciencias naturales, con especia-

lidad la botánica y la zoología, siendo tan aventajado el primero en ésta última, como lo es el otro en la primera. Ambos tienen una excelente pluma, redactan con facilidad y escriben con bastante perfección para honrar la literatura médica.

Hay dos profesores en el estado de Antioquia, que bien examinados e imparcialmente juzgados, serían bien capaces de honrar cualquiera corporación científica en el viejo mundo: los Drs. Ricardo Rodríguez y Tomás Quevedo. Rodríguez ejerce actualmente su profesión en el estado de Santander, y me parece tan notable por su ilustración como recomendable por sus cualidades privadas y sociales; Quevedo, hijo, muy joven todavía, está dotado de rara penetración para el diagnóstico, e independientemente de los conocimientos generales del uno y del otro, ambos se han hecho sumamente hábiles como oculistas. He tenido ocasión más de una vez, de verlos en la obra y de estudiarlos al tiempo de practicar delicadísimas operaciones sobre el globo del ojo. Están dotados de tanta precisión, de tanto aplomo, de tanta serenidad y de tanta limpieza para el manejo de sus instrumentos y para la dirección y verificación de sus procedimientos, que a veces he creído sentir los encantos de la poesía en sus finas y elegantes maniobras.

El doctor Aureliano Posada ha ejercido su

profesión entre nosotros durante algunos años. He tenido ocasión de estudiarlo a fondo y de apreciarlo en todo su valor. No pretendo ni quiero ofender a nadie; pero asevero con el poder de una convicción que, como patologista interno y como cirujano, muchos podrán igualarle mas nadie tomarle ventajas en la América española. Su influencia ha sido sumamente fructuosa para nuestros adelantos, y su separación ha dejado un vacío que será difícil colmar.

Entre los más jóvenes profesores hay muchos que, evidentemente, si no han hecho hasta ahora, por falta de tiempo, grandes cosas para recomendar su nombre, sí deben ser considerados como una lisonjera promesa y como una brillante esperanza para el porvenir. En idénticos casos se hallan otros compatriotas que actualmente se educan en las universidades extranjeras, entre los cuales hay uno, el doctor Hipólito González Uribe, a quien no prejuzgo, y sobre el cual la posteridad pronunciará según sus méritos. Confío en que el fallo será de honra y de gloria para él.

En ningún lugar de este escrito he dicho que la medicina se halle en un brillante pie entre nosotros. Sólo he hecho comprender que la lucha entre la ignorancia anterior y las aspiraciones a una perfección relativa, se encuentra establecida definitivamente. Penosas, amargas, difíciles tareas: combate contra los obstáculos,

carencia de recursos, valor personal y algún entusiasmo por seguir adelante, forman un grupo de circunstancias consoladoras unas y aflictivas otras; pero de ese conjunto de hechos surge la idea de que el proyecto está iniciado, de que la labor se persigue y de que el porvenir parece querer franquear la puerta por donde se penetra en el santuario de la ciencia.

Mal pudiera yo afirmar que nuestra situación a este respecto sea satisfactoria. Carecemos de un anfiteatro anatómico; no tenemos pabellón quirúrgico; las vivisecciones nos son desconocidas; los laboratorios químicos nos vienen con la paz y se van con la guerra; hay ausencia completa de bibliotecas; los museos no existen, las colecciones de historia natural tampoco; las juntas académicas no se han formado aún; la escuela está por reunirse; la universidad embrionaria y el profesorado sin vigor. En una palabra, acción individual, entusiasmo aislado, interés sin conexiones, práctica sin estímulo, sacrificios sin adecuada recompensa; pero deseos eminentemente puros por el progreso de nuestras facultades, es todo aquello de que podemos disponer y todo lo que revela una promesa.

Propiamente hablando, no hay corporación médica en Medellín; los profesores están sin cohesión y sin liga; el comercio de sus ideas es precario; pero, como justa compensación, me

atrevo a calificar este grupo, ya que no como cuerpo médico arreglado, sí al menos como una entidad bastante respetable y bastante honrosa para merecer la estimación de sus compatriotas.

Que la acción gubernativa eleve un poco más sus miras; que los individuos nos matemos menos y trabajemos más; que la pereza y la política suelten nuestro cuerpo y nuestro espíritu; y estoy cierto de que algo se hará para adelantar en el sendero de la civilización.

La práctica médica en Antioquia da por ahora poca honra y menos dinero. A pesar de esos inconvenientes, y por un fenómeno que sería difícil explicar en la época actual del mundo, los profesores se han sometido humildemente a esas dos mezquinas condiciones. Sin embargo, habría injusticia en decir que por esos motivos el pueblo de Antioquia se encuentra mal servido por los encargados de mantener y sostener su salud. Muy al contrario, al revés de otros lugares, en que el mercantilismo ha invadido de una manera casi exclusiva el recinto del arte, en Antioquia este arte va entrando en las condiciones de un verdadero sacerdocio. Puede ser que esta observación desenvuelva en los labios de alguien una ligera sonrisa de burla y menosprecio; mas sea como fuere, si lo dicho contribuye a empobrecer al trabajador contribuye también a ennoblecerlo y a exaltarlo en la conciencia de las personas

que en algo tienen el sentimiento de la filantropía y de la caridad.

Sin ponderar esta situación científica y sin abatirla más de lo que conviene, tomémosla en el punto en que se encuentra y preguntemos: ¿cuál es el camino seguido por los obreros de este ramo de civilización para llegar al lugar en que hoy están colocados? Respondemos que para conseguir eso, la mayor parte de nuestros doctores ha seguido el sendero que naturalmente debía serles indicado por el anhelo de ir a una perfección relativa en los asuntos de su competencia. El genio propio de cada uno por un lado, y el auxilio de los libros, de los instrumentos y del periodismo han ido abriendo la brecha por donde debía seguir el impulso del progreso.

Estableciendo como premisa el conocimiento perfecto de la histología o historia de la textura íntima de los tejidos humanos, de la anatomía descriptiva de las vísceras y órganos en particular, y de la fisiología o conocimiento de las funciones vitales en estado de salud, han podido llegar muy bien, y han llegado por síntesis correlativa e indispensable, al fácil estudio de la patología general, de la patología interna, de la patología externa, o sea, en términos más claros, a la posesión científica de las leyes que presiden a las alteraciones de la salud, o si se quiere, al conocimiento de las enfermedades.

Además, tomando como base una sólida instrucción en la anatomía topográfica, o sea en la descripción detallada de los aparatos, vísceras, órganos y elementos primordiales en cada región del cuerpo del hombre, han llegado también, por un método sintético, a la fácil práctica de la medicina operatoria y de la clínica externa. Fundados en esto, sus estudios e indagaciones sobre la preparación de los agentes medicinales, de sus propiedades físicas y químicas, de su manera fisiológica de obrar sobre el organismo, todo ha pedido una labor trivial, sencilla y de consecuencias naturalmente racionales y saludables. Es por esto por lo que la farmacia, la materia médica, la terapéutica y la anatomía patológica, materias que conducen a la posesión de estos conocimientos, han venido a ser familiares y a ser interpretadas con provecho y utilidad. De resto, lo que se refiere a la obstetricia o arte de los partos, a la toxicología o arte de los venenos y a la medicina legal concreta, que no son sino una deducción de todos los conocimientos médicos, para auxiliar a los magistrados en la administración de justicia, la cosa es clara, los estudios preparatorios existían de hecho, y a la aptitud para ejercerlos se ha llegado por una vía cómoda y segura. Sobresalir más o menos, distinguirse, llegar a la celebridad en el uno y en el otro de los puntos mencionados, es cuestión que ha quedado reducida a simple con-

dición de preferencia, de cariño o de genio para cultivar una especialidad. Esto que decimos es evidente, y todo observador imparcial puede contemplarlo y confesarlo, viendo en acción el espíritu actual de nuestros profesores.

Mucho se habla en los periódicos, en las asambleas seccionales, en los congresos, en los libros y en todas partes, sobre los métodos más propios y eficaces para conseguir una buena educación primaria y secundaria; pero muy poco para obtener la misma ventaja respecto de la educación profesional. Lo que hasta ahora se ha hecho en el estado de Antioquia en relación con los estudios medicinales, es bueno y es útil, es honroso y da esperanzas; mas, fuerza es decirlo, el asunto está embrionario y los procedimientos para alcanzar alguna perfección, van por un camino que, si bien nosotros calculamos ser el verdadero, carece de amplitud para ser transitado con acierto y con buen éxito.

Loable es, sin duda, ese entusiástico empeño con que los hombres buenos del país, los sinceros patriotas y los ciudadanos animados por el espíritu santo de la civilización, quieren infundir en nuestras masas el fuego sagrado de los adelantos literarios. En espíritu y en verdad, yo participo del mismo noble sentimiento; pero incapaz por mi peculiar situación para dar la *visincita* a este movimiento redentor, me contento con manifestar, así, al acaso

y como en forma de capricho literario, lo que pienso respecto al proceder que debe seguirse para hacer convenientemente una carrera médica profesional.

Sirva como exordio y como generalidad indispensable, esto que paso a expresar:

El fin de la educación consiste en hacer al hombre más perfecto de lo que es por su propia naturaleza, en el trato social o comercio con el mundo. El objeto de la instrucción es hacer al hombre poseedor de la verdad relativa, respecto a las causas y a los efectos. Y digo verdad relativa, respecto a causas y efectos, porque hasta ahora no hemos encontrado quien nos explique la causa íntima y esencial de los fenómenos que observamos. Que el hombre llegue por medio de la inteligencia y del estudio a la explicación satisfactoria de las causas próximas y de la verdad próxima, que es su consecuencia, concedido; pero que el ser humano descifre, entienda y explique la causa primera de los hechos universales, eso no lo comprendemos ni lo hemos visto hasta ahora.

Respecto al alcance de la humana ciencia, aceptamos la verdad probada en las matemáticas; esa se obtiene por medio del cálculo. Aceptamos la verdad demostrada, relativa y formulada en leyes, en la física experimental, en la astronomía y en la biología; pero siempre como verdad dependiente de causa próxima. A esa verdad se llega por medio del aná-

lisis y de la experimentación. En materias filosóficas y morales, como en ciencias políticas y sociales, comprendemos que hay verdades demostradas; pero, valga la verdad, en esos asuntos la mayor parte de las cuestiones está en tela de juicio, y en ellas la lógica es el instrumento poderoso de investigación y de acierto. Entiéndase bien: digo lógica en el sentido más extenso de la palabra, y pongo por condición a su ejercicio perfecto el auxilio de la atención esmerada, persistente, inalterable y constante; circunstancia sin la cual todo razonamiento es flaco, débil e insubsistente. Para lo que llamamos ciencias religiosas, la principal base consiste en el sentimiento y en la creencia.

Decimos, pues, como expresión concreta: para las matemáticas, el cálculo; para las ciencias físicas y experimentales, el análisis y la experimentación; para las ciencias filosóficas, la lógica, y para las religiosas, la fe.

La fe no perjudica a la civilización. Creyendo lo que no hemos visto, podemos frecuentemente dar con la verdad, y creyendo lo que no entendemos, acertaremos no pocas veces. No se creía en la existencia de un nuevo mundo antes de su descubrimiento, tal vez porque no se había visto; sin embargo, existía el continente de América, y se vio. No se creía en el poder inmenso del vapor de agua en acción, porque no se había visto; sin embargo, hoy se

navega y se trabaja por su influjo. Algunos no creen en la posibilidad de encontrar el movimiento perpetuo, porque no lo entienden; sin embargo, hay otros que sin entenderlo lo buscan, porque lo creen. Algunos no creen en la posibilidad de dar dirección a los globos aerostáticos, porque no la comprenden; sin embargo, hay muchos que sin comprender el problema pretenden resolverlo, porque lo creen. En ciencias experimentales, las convicciones referentes a una verdad adquirida cambian de vez en cuando, y cambian por una convicción contraria. "Estábamos equivocados," dicen, para disculpar el error; y atiéndase que en esto último la experimentación es el instrumento, es el recurso más eficaz para llegar a la exactitud. En ciencias filosóficas, las verdades adquiridas por medio de la lógica son mudables, y mudan con mayor frecuencia todavía. ¡Es tan fácil falsear el razonamiento!

No desconozco que, guiados simplemente por la fe, caemos a cada momento en deducciones erróneas y aun extravagantes; pero los efectos irracionales que por ese camino vienen a la sociedad, tienen su correctivo natural, sencillo y claro en el influjo de las ideas exactas con que por otro lado se enriquece la sabiduría. El fanatismo que envilece, las preocupaciones que degradan, las prácticas que amenguan la dignidad de la razón, y las costumbres bárbaras que surgen de una creduli-

dad sin criterio, van reformándose lentamente, van muriendo poco a poco, van desapareciendo paulatinamente a medida que la luz se hace; en tanto que la razón se perfecciona, y eso de un modo suave, sin trepidaciones peligrosas sin violencias mortificantes y sin revoluciones homicidas.

Para extirpar los vicios nacidos en toda corporación social, por causa de la ignorancia, o de lo que acaso es peor, por efecto de una educación mal dirigida, nos parece una excelente regla hacer uso de elementos antagonistas, tomados en el mismo campo que se quiere reformar, para obtener un triunfo completo. Más claro: pensamos que en asuntos morales el mal influjo de las pasiones se vence con el saludable de las virtudes, y así en lo demás. Las ideas, como impalpables que son, no deben ser extirpadas ni con balas ni con bayonetas, ni con espada; deben serlo con ideas más sanas. Una preocupación inveterada no se destruye con la ley expedida por un congreso, ni con un decreto ejecutivo; se destruye con un razonamiento convincente e irrefutable. Más ha hecho la imprenta para apagar con tinta las hogueras de la inquisición, que lo que pudieran haber hecho una real pragmática o el fusilamiento de todos los inquisidores.

El mundo marcha hacia la perfección posible; pero sea efecto de mi timidez en materia de reformas, o de que mi pensamiento proven-

ga de una convicción íntima, yo sostengo que enseñar, educar, instruir y civilizar son los agentes propios de los más positivos adelantos, y que ante esos agentes la guerra, las devastaciones, los atropellos y la fuerza bruta son miserables recursos, atrocidades impías, servidumbres inicuas, de cuyo empleo el hombre debería estar constantemente avergonzado.

Sin idea preconcebida, sin voluntad marcada, he caído en una larga digresión que de resto nada tiene de particular, si se atiende a que este resabio es crónico en mí. Vuelvo a la cuestión médica, y expreso de un modo menos confuso y abstracto del que próximamente antecede, el medio que debe ser empleado para proceder con ventajas en la adquisición de buenos principios científicos.

Tiene la inteligencia del hombre, entre otros varios medios de investigación y de estudio, los siguientes:

Facultad de recibir impresiones, de trasmitirlas al sensorio común, de darse cuenta de ellas y de terminar este pequeño trabajo por percepciones netas, conscientes unas, inconscientes otras. Las percepciones conscientes se resuelven por un movimiento voluntario; las inconscientes, por un movimiento automático. Estas últimas no tienen sino trascendencias orgánicas; las primeras son madres legítimas de ideas simples. La asociación de estas ideas

da lugar a la composición de otras, y el ejercicio de éstas al desenvolvimiento de las altas facultades del espíritu, como son la memoria, la comparación y el juicio. La acción de las altas facultades mentales habilita para el razonamiento, y éste en su conjunto constituye la inteligencia. Por la inteligencia se pasa de la idea a la hipótesis, de ésta a la teoría, de la teoría al sistema, del sistema a la doctrina y de la doctrina a la ciencia. La ciencia, para ser exacta, se compone de principios, y el principio, para ser admisible, debe tener por base la verdad. El descubrimiento de la verdad es, pues, el objetivo de la ciencia, la aspiración noble y eterna del ser racional y el fundamento preciso sobre que debe descansar la civilización del mundo.

Para llegar en el estudio de la medicina a la posesión de la verdad en toda su pureza, es preciso de toda necesidad, tomar por base ideas claras, perfectas e inconcusas, y principiar por formar con ellas hipótesis que tengan ante la razón los caracteres, siquiera sea aparentes, de verdad, para verificarlos por medio de la experimentación.

Esto último que he dicho, me pone en el caso de establecer una afirmación capital, y es la siguiente: en los estudios médicos y en los biológicos en general, el solo guía que muestra el camino del acierto, es la experimentación material aplicada al análisis de la manifesta-

ción de cada acto fenomenal. Obsérvese bien que hablo de experimentación material, porque trato únicamente de cuestiones físicas, en cuya interpretación los principios de lógica general, si no inútiles, son por lo menos insuficientes. Ellos, esos principios, sirven poderosamente para auxilar los trabajos filosóficos; pero si nos valiéramos de ellos para suplir con razonamientos y silogismos teóricos el microscopio, el escalpelo, la electricidad, el calórico, la luz y demás instrumentos de estudio, suprimiríamos de un golpe la clínica, el anfiteatro, el laboratorio y todo lo demás que forma el arsenal en que el sabio toma sus elementos de instrucción .

En materias teológicas, el principio de la sabiduría consiste en el temor de Dios, porque ese freno morigera las costumbres y afirma en las virtudes. En lo que llaman ciencias especulativas, el principio de la sabiduría estriba en el razonamiento, porque él perfecciona el juicio y da solidez a las conclusiones. En ciencias, biológicas o de experimentación, el principio de la sabiduría consiste única y exclusivamente en saber dudar. La duda es un precepto en esta clase de investigaciones, porque las facultades del hombre, los sentidos externos e internos, fallan frecuentemente en su acción y conducen a resultados erróneos.

Sea como fuere, armados de esas facultades que he mencionado ya, de los instrumentos de

laboratorio, de que en parte he hecho mención, y de la duda, nuestros doctores deben empeñar con arrojo esa lucha gloriosa, ese combate civilizador, entre la verdad que da la luz y la ignorancia rodeada de tinieblas.

El objeto es estudiar la manifestación de los fenómenos vitales, en el estado de salud y en el estado de enfermedad. Hay que ver y hay que oír, hay que oler, hay que gustar, hay que sentir, hay que pensar, hay que reflexionar y que interrogar estas manifestaciones por todas sus faces, en todos sus movimientos y en todas sus expresiones. Es preciso ser tenaz, perseverante y atrevido en la interrogación, para obligar al fenómeno a que hable y a que responda, y cuando por este medio se llega a la posesión de una verdad que parece evidente, es preciso recurrir a la duda como prueba y como rectificación: a la duda, porque a cada instante un nuevo experimento nos hace encontrar un error entre lo que reputábamos verdadero e incontrovertible. En estos asuntos no hay que contentarse con uno, con dos y, en ocasiones, ni aun con cien resultados idénticos; es necesario, a fuerza de repeticiones, acosar el fenómeno, atacarlo por todos lados y llevarlo de frente hasta el punto extremo, en que ya no tenga efugio posible, para que revele la verdad, cosechar ésta y consignarla, como adquisición indestructible, en el fondo común de nuestro aprendizaje.

No de otra manera proceden hoy los verdaderos genios en sus civilizadoras tareas. A ella, a la experimentación, debemos el conocimiento perfecto de la función sensible de los nervios medulares posteriores, la fuerza locomotriz impresa a los órganos por los cordones anteriores de la misma región, las funciones especiales desempeñadas por los diversos cordones nerviosos intra y extra cerebrales; por ella comprendemos los fenómenos antes misteriosos del gran simpático, los ignorados no ha mucho tiempo de los nervios vasomotores, y por ella, en fin, estamos informados de la función glicogénica del hígado, de la accción emulsiva del jugo pancreático, de la facultad absorbente de los linfáticos y de las venas, de las acciones secretorias y excretorias, en parte de la fisiología cerebral, y de muchos otros puntos grandes y particulares, con que se ha enriquecido gloriosamente el arte, en los años corridos de este tan fecundo siglo en portentosos descubrimientos.

Hice comprender al principio que debía, o pretendía, por lo menos, dar una idea sobre lo que fue, sobre lo que es y sobre lo que será el arte de curar en Antioquia. Sobre el primero y segundo puntos, bien que mal, creo haber hecho comprender al lector que el origen de nuestros conocimientos fue miserable, y si se quiere, risible; que el estado actual es, si no satisfactorio, consolador, y para concluir

con lo que se refiere a lo futuro, me queda sólo por manifestar que andando por la senda de la experimentación sostenida, como someramente lo he indicado, el horizonte que se abre para las gentes estudiosas es inmenso y lleno de gloria. El carácter antioqueño es esencialmente sólido y positivo, y esas dos condiciones se hermanan perfectamente con la aplicación pertinaz y con la labor paciente, de que tanta necesidad se tiene en el campo del saber.

Mucho habrá que lidiar aún; acaso no estemos sino en una confusa aurora, cuyos posteriores rayos habrán de inundarnos con su luz; tal vez marchemos con pasos inseguros por la vía del progreso; quizás estemos más atrasados aún de lo que pensamos; puede ser que los pesimistas tengan razón cuando sostienen que la república no ha dado un paso en la carrera de sus adelantos, y cuando se quejan de los malos tiempos que les han tocado en lote, y de la miserable y oscura existencia a que han estado sujetos, por haber nacido en esta época del mundo y en este retirado y bárbaro rincón del globo. Yo no me quejo; antes bien doy rendidas gracias a la misericordia de Dios por haberme traído a la vida en este período magnífico, en que el pensamiento humano, como los gigantes de la fábula, ha desenvuelto su fuerza con soberana majestad. Yo he visto nacer las aplicaciones del vapor,

el perfeccionamiento de la imprenta, el daguerrotipo, la fotografía, el telégrafo, la luz eléctrica, el fonógrafo, el cloroformo, etc., etc., y he asistido con mi humilde pensamiento al desarrollo maravilloso de la mecánica, a las multiplicadas invenciones de la industria, a la maravillosa extensión del comercio, al milagroso avance de la bella literatura, a la perfección de las bellas artes y a las santas evoluciones de la libertad de los pueblos. Con eso, aunque mal enumerado y apreciado sin bastante competencia, lo pienso, lo creo y lo siento; tengo lo bastante para quedar satisfecho con la suerte que me ha tocado sobre la tierra.

EL DOCTOR AURELIANO POSADA

Al tomar la pluma para trazar breve noticia histórica de la vida del doctor Aureliano Posada, no somos movidos por el general instinto de piedad que conduce a la mayor parte de los hombres a encontrar algo o mucho que enaltezca la memoria de todos los que mueren, solamente porque al refugiarse en el sepulcro demandan con algún derecho respeto o veneración. Obedecemos en el caso presente a un convencimiento que nos hace ver en la vida de nuestro amigo altas facultades y grandes merecimientos.

Fácil nos parece el desempeño de la tarea que emprendemos, porque si nos dilatamos en la enumeración de muchas virtudes y méritos incontestables del doctor Posada, estamos ciertos de que todo lector que le haya conocido a fondo, exclamará al instante: «En esto no hay ni exageración ni lisonja, hay verdad y justicia».

Debemos tributar homenaje de gratitud a un hombre que durante su existencia nos favoreció con señalados servicios e inequívocas pruebas de amistad, y que, muerto ya, opri-

me nuestra alma con sincero sentimiento de pesar.

Don Francisco Posada, miembro notable de honrada y laboriosa familia antioqueña, se trasladó cuando era todavía muy joven a la Provincia de Popayán, con el fin de dedicarse a operaciones comerciales. Después de haber residido alternativamente en Cartago, Buga, Palmira, Popayán y Cali, determinó radicarse en Roldanillo, punto en que a la sazón el tráfico era activo y el trabajo provechoso.

En el último lugar mencionado conoció don Francisco a la señorita Ramona Jaramillo, antioqueña de sangre, puesto que don Miguel su padre lo era de nacimiento. Enamorado de la belleza y virtudes de tan interesante joven, don Francisco la solicitó en matrimonio, casó con ella, permaneció algún tiempo más en el lugar indicado, y se trasladó luego a Popayán, en donde vivió por algunos años.

Entre los varios hijos habidos por consecuencia de este feliz enlace, nació uno en Popayán el 26 de julio de 1838, que es el mismo que actualmente nos ocupa.

Cuando Aureliano era todavía niño, su padre resolvió regresar al país de su nacimiento; y trajo a él toda su familia; pero tuvo luego el dolor de ver morir a la madre de sus hijos.

El carácter de Aureliano principió a mostrarse tal cual era, desde la infancia: grave, amable y simpático en alto grado. Recorda-

mos que su padre nos dijo varias veces en aquella época: «Este hijo no me ha ocasionado la más leve pena ni me ha obligado a dirigirle la más ligera reprensión».

Cuando el niño entró en el uso natural de la razón, asistió como discípulo a la escuela de primeras letras dirigida por las señoras Caballeros, de donde pasó un poco más tarde a la que regentaba entonces don Alberto Angel, para entrar en seguida en el Colegio Provincial de Antioquia, dirigido entonces por el doctor Ospina, primero, y por el doctor Nicolás Florencio Villa, después.

El doctor Villa nos ha dicho varias veces, al hablar del carácter de Posada, que mientras estuvo bajo sus órdenes notó siempre que era sumamente consagrado al estudio, inteligente y de conducta irreprensible. No desdeñaba mezclarse en entretenimientos y juegos propios de su edad, pero nunca los prefería al cumplimiento estricto del deber.

En el año de 1853 tenía Aureliano quince de edad, y no sólo conocía los rudimentos de una educación arreglada, sino que también, por su mucha afición a la lectura, había alcanzado conocimientos generales en muchas materias. Cierta vez, movido por su tierna solicitud de padre, abandonó don Francisco en hora avanzada de la noche el lecho en que reposaba, para vigilar cautelosamente el sueño de sus hijos; y como al salir a la galería no-

tase luz en la pieza en que dormían, se aproximó sigilosamente para tratar de ver lo que pasaba. Todos los niños dormían, menos Aureliano, quien con un libro abierto estudiaba con atención y desvelaba entregado al trabajo de educarse.

El trivial acontecimiento a que aludimos impresionó a don Francisco en manera tal, que desde el momento en que lo contempló le dijo: «Este joven se inclina a tomar el camino de las letras; guiémosle por él y procurémosle la satisfacción de sus deseos». Rara parece la importancia de tan sencillo accidente y su influencia sobre la vida de un hombre; pero la historia está llena de ejemplos alusivos a grandes personajes y aun a ingenios que han debido la suerte feliz de su carrera a causas tan pequeñas como la que hemos narrado.

Mandado Aureliano a Europa en los últimos días del año de 1853 o en los primeros del siguiente, permaneció en París durante once años, entregado en cuerpo y en espíritu al perfeccionamiento de su carrera de médico y cirujano. Grande debió de ser la tenacidad que gastó nuestro compatriota en procurarse la adquisición de ideas, de principios, de sistemas y de doctrinas profesionales, porque lo cierto es que la fama de su incansable labor nos llegaba todos los días y nos llenaba de satisfacción.

Se nos ha dicho por alguien que interrogado Napoleón el Grande en cierta ocasión acerca de lo que él entendía como definición exacta de un hombre de genio, respondió en sentido alegórico; «Un hombre de genio es una idea grande y fija llevada a término con perseverancia y energía».

Algo habría de genio en nuestro amigo, porque la verdad que todos hemos palpado consiste en que a su regreso del Viejo Mundo vino provisto de inmenso caudal de conocimientos: y tantos eran, que cuando apenas había cumplido veintiseis años de edad, tomó con gran facilidad y como por asalto, gran crédito como médico y cirujano.

Desde su regreso a Antioquia el doctor Posada ejerció aquí con honra para su nombre y provecho para sus clientes, la profesión a que había consagrado todos sus desvelos.

En el año de 1864 se sintió enamorado de la bella señorita doña María Josefa Posada, hija de don Ricardo y de doña Rita Ochoa, sus tíos bien queridos.

Don Ricardo mudó su residencia a la capital de la república, y tras él siguió el doctor Posada, para contraer matrimonio con la persona que desde esa época debía servir como base a la formación de un hogar recomendable y feliz desde todo punto de vista.

No fue larga la permanencia en Bogotá de la nueva pareja que mencionamos, porque el

doctor, cautivado siempre por la sencillez de costumbres de sus antepasados, regresó un año después a Medellín, en donde siguió viviendo y recetando con unánime aplauso a un público que lo admiraba.

Durante su última residencia en Antioquia, Posada empleó su tiempo en recetar numerosos enfermos, en tareas profesionales y en estudio constante para enriquecer la suma de sus conocimientos. Como médico y cirujano obtuvo triunfos que habrían enorgullecido a los más hábiles facultativos europeos; como profesor, sus lecciones, que daba en forma de conferencias verbales, han quedado como de imperecedera memoria para sus discípulos, que ponderan todavía la claridad de su exposición, la elocuente sencillez de su discurso y la trascendental filosofía de sus principios; y como hombre estudioso, su labor infatigable y su aprovechamiento no reconocieron límites.

La revolución de 1876 halló al doctor Posada como vecino de Medellín, y cuando hubo concluído, el voto de sus conciudadanos lo llamó a tomar puesto en la Convención Constituyente del Estado en 1877. Como diputado mostró dos cosas notables: moderación en sus ideas, y sólidos sentimientos patrióticos; pero como quiera que las propensiones de su genio se acordaran mal con los acalorados debates de la política, se retiró de ella y volvió

a sus libros, a sus enfermos y a sus estudios de predilección.

El doctor Aureliano Posada tuvo la dicha de concentrar todas las aspiraciones de su genio en el cultivo de las ciencias médicas. Nunca dividió sus facultades para aplicarlas a variados asuntos literarios, que si bien dan algún brillo a quien los posee, jamás imprimen la solidez y profundidad apetecidas.

Nuestro amigo era hombre de exquisita sensibilidad, y como sujeto de propensiones tranquilas, buscó únicamente en los placeres del hogar y en el inefable amor que profesaba a su mujer y a sus hijas la satisfacción de todos sus deseos.

Para complacer a la primera, determinó por segunda vez salir de Antioquia y fijar su residencia en Bogotá, en donde pasó los últimos años de su vida, entregado con entusiasmo a la práctica de su profesión y al servicio de la humanidad.

Además del opulento arsenal de instrucción que poseía, estaba dotado el doctor Posada de actividad física y moral inquebrantable. No es fácil que la historia del trabajo encuentre en Colombia un obrero más asiduo que él. Como si poseyese el don de multiplicarse, se le veía casi por todas partes a una misma hora: el frío rígido, el calor intenso, la noche oscura, el día lluvioso, la distancia larga, los viajes forzados y aun la enfermedad misma

que ya minaba su organismo, no eran bastantes a contener su ardor cuando era solicitado por el cumplimiento del deber.

La Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá, de la cual era miembro, lo llamó a la presidencia de sus sesiones, en atención a la capacidad indiscutible que poseía para llenar decorosamente tal destino.

El doctor Aureliano Posada escribió poco, pero escribió bien, porque su estilo era conciso, severa su lógica y mucha su competencia científica.

La muerte de su hija mayor, cuando apenas había cumplido quince años; la pérdida de sus padres políticos, y el fallecimiento precoz de algunos de sus hermanos, lastimaron tan profundamente la sensibilidad de nuestro amigo, que acaso por esta causa y por el abuso de una labor constante, su salud se alteró hasta comprometer los días de la persona que parecía destinada a larga longevidad. Una dilatación de las paredes cardíacas, con algunas complicaciones orgánicas que no conocemos, pusieron fin a tan valiosa existencia el día 11 del mes en curso, a las dos de la tarde.

Murió el doctor Posada antes de haber cumplido 51 años, y eso vale tanto como decir que murió este ilustre compatriota justamente a la edad en que todos los hombres de carácter superior y de genio positivo rinden a

la sociedad en que viven los frutos más valiosos de su inteligencia.

Si nos fuese permitido interpretar los sentimientos de Antioquia en esta ocasión y los de toda la República, bien podríamos convertirnos en voceros de un dolor legítimo, para decir que la Patria lleva duelo por la pérdida de uno de sus hijos más esclarecidos.

A la viuda que lleva su nombre, a la huérfana abandonada por su protector y a la familia entera de Aureliano, mandamos nuestra pobre manifestación de condolencia.

Medellín, 20 de marzo de 1889.

BIOGRAFIA

DEL DOCTOR ALEJANDRO EDUARDO RESTREPO Y CALLEJAS

Dos años cuenta apenas de existencia la Academia de Medicina de Medellín, y en tan breve tiempo ha visto desaparecer de su seno cinco de sus más distinguidos miembros: los doctores Antonio Mendoza, Pedro D. Estrada, Aureliano Posada, Federico A. Peña y Alejandro Restrepo.

Por motivos que están en el programa que la Providencia nos ha señalado sobre la tierra, hemos tenido que derramar sinceras lágrimas sobre esas cinco tumbas.

No hubiéramos querido ser voceros de un legítimo dolor en tales circunstancias; porque confiando poco o nada en el poder de nuestras facultades, temíamos desempeñar la tarea que se nos imponía, muy en desacuerdo con las altas aspiraciones de la Corporación a que tenemos la honra de pertenecer.

Empero, tres causas poderosas mueven hoy nuestra pluma y nos obligan al esbozo, siquiera sea imperfecto, de la vida de nuestro ilustre colega el doctor Restrepo: primera, necesidad de obedecer al mandato de nuestro presidente; segunda, sentimiento sincero de pro-

funda amistad por el muerto, y tercera, deferencia respetuosa y tierna por los miembros de la familia.

Verdad y justicia nos servirán de guía en el trabajo que emprendemos. La verdad es el alma de la historia y de la biografía; y el principio eterno de la justicia bien podemos aplicarlo a la memoria de un hombre lleno de merecimientos. De la verdad de lo que digamos podemos responder sin temor de ser contradichos por ninguna persona que hubiera conocido a fondo las virtudes de nuestro amigo; y la justicia de nuestra crítica la entregamos sin reserva al juicio de los hombres imparciales.

Nació Alejandro Restrepo en la ciudad de Medellín, el 20 de diciembre de 1853; y nació en buena hora, porque a la sazón don Fernando Restrepo y doña María Concepción Callejas, sus padres, personas de carácter intachable y de excelentes cualidades domésticas, habían reunido, merced a labor constante, a clara inteligencia en los negocios y a probidad ejemplarísima, cuantioso caudal, y se hallaban en condición de dar a sus hijos no solamente pan y abrigo para el cuerpo, sino alimento abundante para el espíritu.

Efectivamente, padres tan recomendables y bien dispuestos, se mostraron siempre espléndidos cuando se trató de la educación de su numerosa prole; y porque eran aquilatados en cuanto a pureza de costumbres y al buen ré-

gimen, para encontrar hogar parecido al suyo sería preciso trasportarse uno con el pensamiento a los tiempos bíblicos y entrar como confidente a las mansiones patriarcales.

De 1860 a 1861 asistió Restrepo como escolar a los establecimientos de educación primaria dirigidos por los señores Justiniano Mesa y Wenceslao F. Lince, donde aprendió en breve tiempo todo lo que a esa parte de la educación elemental se refiere; y como los buenos efectos obtenidos por la educación primera en edad temprana sean de carácter reflejo, que tanto recae sobre el crédito de los maestros como sobre la honra de los educandos, consignamos aquí los nombres de esos dos caballeros como acreedores al reconocimiento y estimación del público.

El señor Lince, muerto ya, pudo estar durante su vida satisfecho de haber inculcado en el dedicado espíritu de Restrepo sanas ideas, finos sentimientos y nociones útiles. El señor Mesa vive todavía; y por esta razón y por motivos que nacen de la circunstancia de haber cultivado con esmero las facultades de los niños que se le han confiado, tiene derecho para llevar la cabeza alta y el corazón tranquilo, porque no con otra cosa se pagan las fatigas y penas del pedagogo entre nosotros.

En 1866 entró el joven Restrepo a estudiar en el Colegio de Jesús, establecido por los señores Pbro. José María Gómez Angel y ciu-

dadano Cándido Molina. En aquel famoso plantel de educación pública permaneció hasta el fin de 1869, y en él cosechó opimos frutos de instrucción general y de educación personal. Y no podía ser de otra manera, porque todos sabemos en el país que el doctor Gómez Angel, además del sacerdocio religioso que ejerce, ha desempeñado siempre con rara felicidad la tarea de guiar la juventud por el camino de la fe, del saber, de la religión y del honor, y porque los que conocimos de cerca a don Cándido Molina estamos penetrados del anheloso afán que gastó siempre en la enseñanza de la juventud.

En el colegio a que nos hemos referido estudió Alejandro: gramática castallana, contabilidad, algebra, geometría, astronomía, física, francés, religión, geografía general y especial del Estado de Antioquia, esta última bajo nuestro dictado. Y porque lo conocimos desde entonces y porque asistimos a sus triunfos como alumno, afirmamos que sus adelantos fueron verdaderamente notables y que desde entonces augurámos que aquel niño, si no sabio, porque tal cosa no podía ser en tan temprana edad, sí dejaba los bancos de la escuela con instrucción preparatoria suficiente para emprender más tarde carrera profesional con certidumbre de alcanzar éxito brillante.

En 1870 entró nuestro amigo a la Universidad de Antioquia, regentada entonces por el

respetable y muy ilustre doctor Román de Hoyos, en donde permaneció hasta los primeros años de 1873. En la Universidad continuó sus estudios de física y francés; hizo los de trigonometría, geometría práctica y filosofía; principió los de inglés, química, histología y anatomía descriptiva; el inglés y la química, bajo la dirección de don Pedro Herrán y los de anatomía, bajo la docta enseñanza de nuestro discípulo y amigo el doctor Julián Escobar.

El 1.° de abril de 1873 siguió Alejandro para Europa, en compañía del doctor Ricardo Rodríguez R., a quien sus padres lo confiaron y a quien recomendaron lo protegiese, por considerar a su hijo todavía joven e inexperto, y al Dr. Rodríguez veterano en correrías de ultramar. Fuera de esto, el Dr. Rodríguez era propio para el encargo, como caballero y como amigo íntimo de la familia.

Cuando los dos viajeros llegaron a París, el Dr. Rodríguez, siempre ávido de conocimientos médicos, asistió a las escuelas y siguió a los profesores, para aumentar la ya rica copia de sus conocimientos, mientras que Alejandro, colocado en la casa Hortus, que goza de buena fama por las favorables condiciones de lo que en Francia llaman *pensionado de educación*, continuó perfeccionando su conocimiento de la lengua francesa, para entrar con prove-

cho en el estudio de la profesión que formaba las aspiraciones fundamentales de su genio.

En este punto no es posible pasar en silencio una circunstancia donde se prueba que el aprendizaje de la medicina era el centro a que se dirigían todos los conatos del joven Restrepo. Antes de entrar al pensionado Hortus, puso como excepción, difícilmente otorgada a otros alumnos del instituto, la de que se le dejase salir todos los días a los hospitales para oír las conferencias de los maestros y para ver casos especiales de clínica en aquellos establecimientos. Estando todavía en Medellín siguió a nuestros profesores y asistió cuidadosamente a las visitas que hacían a los enfermos en nuestro humilde hospital de departamento, sin dejar de tomar en ellas y de ellos algunas ideas de lo que para él debía ser más tarde arte de curar las enfermedades de sus semejantes.

Estudiando con asiduo esmero en las escuelas luminosas de París, aprovechaba en sus estudios de un modo imponderable; pero comoquiera que en aquella capital las vacaciones de estudiantes sean sumamente largas, y comoquiera que el ansia de saber fuese inagotable en nuestro amigo, durante los asuetos se trasladó al Reino Unido de la Gran Bretaña con el fin de perfeccionar sus conocimientos en la lengua inglesa y sus adelantos en medicina y cirugía. Unas veces en Londres y otras

en Edimburgo, pasaba todo su tiempo junto a los enfermos y al lado de los grandes maestros de aquel ilustrado país. La medicina interna no le era indiferente, porque en ella veía los grandes prodigios de lógica, de filosofía y de experiencia que el estudio y la reflexión han dado a los facultativos de aquella isla afortunada, en que parece que los médicos eminentes son profetas; pero la cirugía, sobre todo, elevada hoy a la alcurnia de ingeniería humana por ingleses, escoceess, alemanes, franceses y americanos del Norte, cautivaba toda su atención y ocupaba todos sus instantes para fama de su nombre, para honra de Antioquia y para gloria de Colombia, como podrán atestiguarlo cuantos le contemplaron al frente de sus enfermos y en combate con las dificultades de la situación.

Antes de obtener diploma de doctor en la facultad de Medicina de París, nuestro compatriota se ocupó con esmero no sólo en el estudio técnico de su profesión, sino en el de otras materias que le parecían relacionadas con el porvenir venturoso de Colombia.

A este propósito estudió la geografía del Istmo de Panamá y la historia de todos los intentos que se han hecho para la apertura del Canal que debe unir el mar Pacífico con el Atlántico: idea que, como se sabe por todos, entró en el cerebro de don Cristóbal Colón a tiempo del descubrimiento de América,

y de la cual se ocupó en el cuarto viaje, cuando anciano, cansado, y enfermo, visitó nuestras costas con tal fin.

Ya Alejandro Restrepo había hecho los estudios aludidos, cuando varios jóvenes residentes en París, entre los cuales se encontraban Ignacio Gutiérrez Ponce, Luis Fonnegra, Pedro Pablo Isaza, Juan de Dios Uribe, Nicanor G. Insignares, Rafael Archila, Belisario A. Caicedo, Jorge E. Delgado, Evaristo García, Jorge Holguín, Daniel E. Coronado, Luciano Laverde, Carlos M chelsen Uribe, Enrique Pardo Roche, Luis G. Rivas, Nemesio Sotomayor, Félix M. Hernández, Adán Pereira y Alejandro Restrepo, resolvieron fundar allí un cuerpo que, bajo el nombre de *Sociedad Politécnica de Colombia*, tenía por objeto animar el desarrollo de las ciencias, de la literatura y de las artes en los Estados Unidos de Colombia. De esta corporación llegaron a ser miembros poco después; Rafael Pérez, Alberto Urdaneta, Juan N. Uribe B., Paulino Flórez, Luis Mejía, Heliodoro, Tulio y Pedro N. Ospina, y otros jóvenes colombianos que estudiaban entonces en París.

El 6 de julio de 1876, Restrepo fue elegido vicepresidente de aquella sociedad, y el 5 de abril del año siguiente, al celebrar sesión anual, nuestro amigo fue elegido presidente de ella, honra bastante para un joven que aun no había concluído su carrera, y prueba

suficiente para demostrar las esperanzas que daba para lo por venir.

Fue entonces cuando el Sr. de Lesseps meditó llevar a término la proyectada empresa de un canal interoceánico, y fue entonces cuando la Sociedad Politécnica de Colombia, reunida en París, creyó oportuno y conveniente para los intereses de nuestra patria, hacerla representar en el Congreso Internacional de Ingenieros que debía celebrar sesiones en la capital de Francia, para ver de llevar a cabo tan colosal empresa y para designar definitivamente el punto de América en que se debía romper dicho canal.

De acuerdo con tan patrióticos deseos, la sociedad comunicó su pensamiento al Ministro que representaba la nación en Inglaterra y Francia, y que lo era entonces el general Sergio Camargo, quien acogió la idea y manifestó a la Sociedad la conveniencia de que ella escogiese uno de sus miembros para tal fin.

Alejandro Restrepo, a causa de sus trabajos anteriores, destinados a esclarecer el asunto, y por motivo de su mérito personal, fue elegido por sus colegas y propuesto al señor Ministro para que hiciese con él nombramiento oficial.

En efecto, con fecha 1.º de mayo de 1879, Restrepo recibió nombramiento en forma para representar la República como delegado especial en el Congreso Internacional que debía

ocuparse en la apertura del Istmo americano.

En virtud de lo dicho, nuestro amigo tomó asiento en aquella célebre congregación de sabios, y un poco más tarde tuvo la satisfacción de informar a sus consocios que, como resultado de las deliberaciones del Congreso, el Canal sería abierto en territorio de los Estados Unidos de Colombia.

No abrigamos duda alguna de que el servicio prestado entonces al país por este malogrado colombiano, debió proporcionarle gran suma de placer, porque le vimos siempre, después de su regreso, en el estrecho campo de nuestros adelantos materiales, mostrarse solícito y entusiasta por la ejecución de toda obra que tendiera a hacernos andar por el sendero de la civilización.

A principios del año de 1881, en el que debía optar el grado de médico y cirujano de la facultad de París, pensó que era de su deber preparar la tesis de doctorado exigida por la ley en aquella ilustre Universidad, y para desempeño de esa imprescindible obligación miró hacia donde debían mirar todos, especialmente los jóvenes, es decir, para el lado de la patria.

El se dijo: la ciencia biológica es una y uniforme en toda la redondez de la tierra; pero la manifestación de sus fenómenos ofrece variedades características en los diferentes puntos del globo, provenientes de la zona en que

se observan, de las condiciones climatéricas producidas por las distintas latitudes, de la acción de las alturas, del influjo de los elementos ambientes que actúan sobre sus habitantes, y de otras numerosas causas que es preciso esclarecer para fundar científicamente nuestra medicina nacional. A estas consideraciones agregó otro razonamiento de filosofía natural: Puesto que la Providencia ha creado en todas las zonas elementos propios para combatir las alteraciones de la salud inherentes a la especie humana, justo es que estudiemos esos elementos en sus pormenores, para corresponder a sus miras.

Partiendo de ese principio, escogió para trabajar su tesis dos sustancias que se presentan en cantidad más o menos grande en el segmento de la faja intertropical que corresponde a Colombia, representadas por el Cedrón y el Valdivia, agregando a estos dos productos naturales, la Cedrina y la Valdivina descubiertas por el arte.

Como era de rigor, Restrepo dedicó la tesis a su familia, a sus amigos, a sus maestros y entre estos últimos muy especialmente al doctor Dujardin-Beaumetz, quien a más de protector era su devoto e íntimo amigo.

El doctor Dujardin, lumbrera de la ciencia, es hombre que se recomienda en París por la bondad de carácter, por maneras estimables, por genio franco, por amor a la juventud

y por la universalidad de sus conocimientos en el arte de curar. Como sabio y como bueno, forma en primera línea entre los buenos y los sabios de todo el globo.

Con semejante apoyo, con tan alta protección, la obra de Alejandro debía ser fructuosa y fecunda en útiles resultados, como efectivamente lo fue.

Este caso sería para nosotros ocasión de dilatarnos en minuciosas consideraciones acerca de la notable importancia de su bien elaborado trabajo; pero como tememos que muchas reflexiones sobre el asunto prolonguen nuestra tarea, preferimos revisar rápidamente los puntos a que dicha memoria se refiere.

Para proporcionarse datos que lo ilustraran convenientemente en el desempeño de la labor que se impuso, ocurrió a nuestro distinguido botánico doctor Andrés Posada Arango y a la competencia en asuntos de Química Orgánica del señor Tanret, descubridor sagaz de alcaloides de procedencia orgánica vegetal.

El primero de estos señores correspondió a la exigencia con numerosos datos, y el señor Tanret, hábil químico en todo lo que se refiere a la investigación minuciosa de los principios contenidos en drogas simples, verificó análisis perfectos del Cedrón y del Valdivia para poner con sus descubrimientos al señor Restrepo en actitud de seguir con provecho sus pesquisas respecto a la acción fisiológica y terapéutica

de las dos sustancias que debían formar el objeto de su tesis.

En la América intertropical se tiene como hecho cierto que las semillas del Cedrón y del Valdivia curan con infalible eficacia las fiebres intermitentes, los efectos causados por la mordedura de serpientes venenosas y los accidentes letales ocasionados por la rabia canina, y a la demostración de esos tres puntos tendían las investigaciones de nuestro compatriota.

Empero, sucedió que al enviar a Europa los granos producidos por dos árboles diferentes, los del Cedrón y el Valdivia quedaron confundidos unos con otros.

La colaboración oportuna del doctor Planchon a quien Restrepo entregó para prolijo estudio hojas, folíolos, flores y granos, habilitaron al célebre botánico para poder hacer exacta clasificación de la planta.

Se propuso al principio llamarla Quassia Cedrón, por haber hallado que el género a que debía pertenecer, más se aproximaba al género Cuasia que al género Simaba. Sea como fuere el producto de que tratamos es conocido hoy con el nombre específico de Simaba Cedrón, perteneciente a la familia de las simarrubeas.

Al dilatarse en la historia correspondiente al Cedrón, a la Cedrina y a los efectos medicinales de ambas sustancias, Restrepo muestra gran suma de erudición en la materia, puesto que nos habla de viajeros y sabios que se han

ocupado de estos dos importantes productos de nuestra flora americana.

Al detenerse en este tópico de su estudio, el autor menciona los trabajos emprendidos por el doctor Rayer en el Hospital de la Caridad de París, con el fin de averiguar si efectivamente el Cedrón era capaz de curar las fiebres intermitentes, trabajos coronados por positivo y feliz éxito.

Para terminar el capítulo dedicado a la materia médica, nuestro amigo explica el modo de preparar la Cedrina y las propiedades físicas y químicas de ella, y determina la dosis a que puede ser propinada, tanto cuando está contenida en la droga simple como cuando es extraída por medio del arte.

Pasa luego a estudiar la acción fisiológica del agente que examina, y dice que el Cedrón en dosis de cincuenta centigramos a un gramo, administrado por la vía estomacal, produce en el hipogastrio molestar de intensidad variable; pero que ese producto es bastante bien tolerado por el hombre aun en cantidad de dos gramos por día, puesto que se le asocia corta cantidad de opio.

Al considerar el Cedrón como elemento terapéutico, el doctor Restrepo lo estudia desde tres puntos de vista: primero, como remedio contra las fiebres intermitentes; segundo, como antídoto en la mordedura de serpientes, y ter-

cero, como remedio eficaz contra los efectos de la rabia canina.

El primer punto lo estudió en el hospital de San Antonio en el servicio médico del doctor Dujardin-Beaumetz y en poblaciones de la Soloña a las cuales se trasladó por algún tiempo con tal propósito. El punto segundo, puramente experimental, lo estudió en el jardín de plantas de París, acompañado por su maestro predilecto, y en cuanto al tercero, por falta de medios, lo encomendó al señor Nocard, Director de la Escuela Veterinaria de Alfort.

Doce observaciones clínicas llevadas con el mayor esmero le sirven para apoyar las virtudes curativas del Cedrón y la Cedrina, administrados el primero en polvo, y la segunda por la vía estomacal o por inyecciones hipodérmicas.

El criterio del observador aplicado a su trabajo propio está señalado en la Memoria por gran severidad científica. Se ve en todo él que no hubo idea preconcebida para obtener a todo trance resultado favorable. La tendencia visible del autor consiste en indagar la verdad en toda su pureza: método positivamente acertado, según nuestra manera de ver.

De las doce observaciones, dos dieron resultado negativo en el tratamiento de las fiebres palúdicas, y de las diez restantes, el menor número dejó dudas, mientras que el mayor probó acción evidente del Cedrón para comba-

tir con buen éxito dichas fiebres, aun en el caso de haberse mostrado rebeldes al gran febrífugo.

El doctor Purple, de New York, ensayaba al mismo tiempo el Cedrón para conocer sus propiedades febrífugas, y lo ensayaba con tan dichoso resultado, que se creyó con derecho para proclamar las virtudes de él como antiperiódico en los casos de calenturas intermitentes producidas por miasmas pantanosos. El doctor Purple elevó la dosis que propinaba de polvo, hasta dar a sus enfernos un gramo cada cuatro horas.

Contra el envenenamiento producido por las mordeduras de serpientes, el Cedrón y la Cedrina se mostraron de ningún valor en todos los experimentos ejecutados por el doctor Dujardin-Beaumetz y por Restrepo, en conejos y perros, bien fuera que el ponderado alexifármaco se administrase antes o después de la mordedura. Los ensayos se hicieron con serpientes del género crótalo; y no se sabe si verificadas con otras de distinta clase, el antídoto sea igualmente impotente, ni se sabe tampoco si administrado al hombre produce o no efectos favorables· todo eso queda por averiguar.

Contra los efectos de la rabia, el Cedrón, recomendado también por algunos habitantes de la zona tórrida como medicamento específico, resultó igualmente sin virtud curativa.

Al entrar el autor de la Memoria en consideraciones acerca de la segunda parte, es decir, de la que se refiere al Valdivia, procede según método análogo al empleado para el Cedrón y la Cedrina.

El árbol llamado Valdivia en América, pertenece, como su hermano el Cedrón, a la familia de las simarrúbeas, y en ella al género Simaba, según el doctor Juan Manuel Aguilar, aprovechado naturalista colombiano; mas los señores Planchon y Hooker le dan el nombre de *picrolema*, género descrito por el último de ellos como un poco distinto del Simaba, por lo cual el Valdivia lleva hoy el nombre genérico de Picrolema-Valdivia.

Después de esta clasificación, el laborioso antioqueño nos da la descripción científica de la planta americana, del grano o haba que produce, del alcoloide que contiene, de sus propiedades físicas y el análisis de dicho alcaloide, verificado por el señor Tanret.

En cuanto a la acción fisiológica de la Valdivina, nos demuestra por investigacion escuidadosas que tal base es esencialmente tóxica, puesto que dos miligramos en inyección hipodérmica matan un conejo pequeño, y tres o cuatro, uno de gran tamaño. En el hombre esta sustancia, introducida por la vía estomacal en dosis de dos miligramos, no ocasiona fenómenos apreciables; pero en la de cuatro,

provoca vómitos a la manera de la ipecacuana.

Indagaciones necroscópicas forman continuación al examen de los síntomas observados en esta clase de envenenamiento, y de ellas resulta que los lóbulos anteriores del cerebro y los pulmones ofrecen desórdenes bastante pronunciados y capaces de producir la muerte.

Respecto a las propiedades medicinales del Valdivia y de la Valdivina, los resultados conseguidos por escrupulosa labor no corresponden a las opiniones que acerca de esos productos de nuestra flora se tienen en Colombia y en otros lugares de América; porque están lejos de poder ser recursos poderosos contra fiebres, mordeduras de serpientes y rabia canina. Ambas sustancias son tóxicas, y comparadas con el Cedrón, se ve claramente que éste, si lo es, no alcanza propiedades enérgicas, mientras que las otras las poseen en alto grado.

La Memoria termina con estas notables palabras: «La Valdivina, así como la Cedrina, no curan la rabia, al menos en los perros y los conejos. Sin embargo, el primero de estos productos en inyecciones hipodérmicas en dosis de cuatro miligramos por día, determina reducción muy notable de los fenómenos convulsivos de los perros rabiosos y parece, desde este punto de vista, destinado a reemplazar ventajosamente el cloral».

Como se ve, esta obra es de gran provecho para la ciencia, no tanto porque resuelva definitivamente todos los problemas que se propone, como por haber abierto puerta para entrar y camino para seguir en prosecución de este género de adelantos. La tarea de ilustrar estos puntos no es negocio de días ni de meses; es materia que demanda tiempo largo y labor constante. El primer paso facilita al segundo y con el movimiento impreso se puede ir lejos, para bien de esta tierra colombiana, tan necesitada de instrucción.

Provisto de felices facultades naturales, de dilatado trabajo, de incontrastable aplicación y del mérito positivo del escrito que hemos someramente analizado, se presentó Restrepo, a mediados del año de 1881, ante el severo tribunal de la Escuela Médica de París, en solicitud de diploma que le habilitase para el ejercicio de la Medicina y de la Cirugía. Sostuvo exámenes que se reputaron brillantes por profesores y condiscípulos, y como expresión de justicia y de recompensa a tan loables consagración y saber, se le concedió grado de doctor en ambas facultades.

Concluída tan gloriosa carrera, después de nueve y medio años de ausencia, regresó el doctor Restrepo a la casa paterna y a la ciudad de su nacimiento, el 15 de noviembre de 1882.

¿Cuáles eran pues las condiciones personales en que estaba a su regreso? No podían ser más favorables: traía juventud, fuerza y bríos; traía ciencia; traía rica colección de instrumentos de cirugía y de física; traía copiosa biblioteca de autores clásicos ingleses y franceses, y estaba en esa feliz edad de la vida en que con derecho un hombre de mérito puede y debe tener orgullo noble, ambición legítima y aspiraciones al honor y a la gloria.

Desde su arribo a Medellín hasta el 17 de febrero del año en curso, ejerció la profesión de médico y cirujano con algunas interrupciones motivadas por desórdenes de salud que le impedían actuar de modo seguido en sus tareas predilectas.

En los días de actividad profesional su lidiar era incesante y en alto grado útil para sus numerosos clientes y para sus colegas. Para los primeros, la puerta de su gabinete estaba abierta a todas horas de par en par, y para los segundos, sus consejos, sus instrumentos y su cooperación espontánea estaban disponibles a todas horas del día y de la noche. Su gran autoridad como médico, cuando se trataba únicamente de enfermedades internas, era tanta, que con frecuencia todos sus profesores se rendían gustosos a la acertada opinión que manifestaba, hija de su criterio exacto y bien razonado; pero era sobre todo en casos de patología externa o de medicina operatoria de di-

fícil práctica cuando su competencia sobresalía con más pronunciados caracteres de verdad científica. Y tanto era así que si hoy se preguntara a nuestros más expertos cirujanos lo que pensaban en relación con la pericia operatoria del doctor Restrepo, estamos ciertos de que todos ellos, por unánime acuerdo, dirían que era admirable y excepcional.

Antes de seguir adelante en la relación de lo que al facultativo atañe como sacerdote de la ciencia, nos interrumpimos para decir algunas palabras del hombre físico, porque sabemos que todos los lectores de biografías, y nosotros entre ellos, gustan no poco de que se les dé el retrato del personaje, para contemplarlo en sus facciones típicas y en su manera de ser.

Era el doctor Alejandro Restrepo un hombre más bien alto que mediano, de pelo que tiraba a rubio, de espaciosa frente, de ojos claros, de mirada apacible, de piel blanca, de sonrisa amable, de hablar castizo y puro. de maneras exquisitas, de buen porte y de nobles ademanes. Vestía con elegancia, hija de la sencillez y del aseo; no llevaba jamás en su persona ni dijes ni fruslerías que acusan atildamiento afectado y falta de seriedad en las ocupaciones de la vida.

Para alcanzar la gran reputación de que pronto se vio rodeado su nombre, era preciso que, además de facultades especiales, poseyera

gran copia de conocimientos, como realmente la poseía; porque su educación médica era netamente académica: en histología llegó a conocer en sus pormenores la textura íntima de los tejidos del cuerpo humano; en anatomía general descriptiva era eximio; en la topográfica sumamente docto; en fisiología y patología interna y externa, y en fin en todos los ramos del arte de curar, su espíritu estaba rico y cultivado con exquisito esmero.

Parecía que un instinto especial le hubiese conducido como guía por el sendero difícil de la medicina operatoria, puesto que conocía con perfección el uso y manejo de todos los instrumentos, y puesto que su hábil cuchilla andaba con rapidez por entre todos los órganos y por entre los más peligrosos sitios del organismo. Procuraba no herir nervios ni vasos, sino cuando eso le era permitido por los preceptos del arte; operaba con serenidad imperturbable; era dueño de sí mismo en medio de los más alarmantes casos de la práctica, y triunfaba casi siempre en las más complicadas circunstancias. Por lo demás, los misteriosos hechos que revela el microscopio le eran familiares, y en dermatología y enfermedades de ojos su instrucción y competencia eran incontestables.

En relación al modo como ejercía la profesión, nadie habría podido aventajarle respecto a humanidad, decoro y consagración. En

cuanto a lo primero, su saber pertenecía a todo el mundo, y su bolsa estaba bien provista para favorecer a los desvalidos, porque su espíritu de caridad llegó a ser proverbial entre nosotros. En cuanto a decencia y buenos procederes, bastará decir que todas las familias antioqueñas celosas en lo que a honra y costumbres atañe, le recibían en sus moradas con ilimitada confianza y con pruebas de señalado respeto, de amistad y de cariño. En cuanto a actividad incansable, todos le vimos con admiración, ya en la ciudad, ya en los campos, de día, de noche, con bueno o con mal tiempo, buscando dolores que aliviar y desgracias que combatir; porque siempre hallaba en la fecundidad benévola de sus delicados sentimientos, una ofrenda para el pobre, una frase de aliento para el infeliz, un remedio para el doliente y un consuelo para todos.

Por ese tiempo, ligera nube se mostraba en el limpio horizonte de su existencia. Nube ligera hemos dicho. y así era la verdad: leve nube de esas que vaporosas al principio se unen unas a otras hasta condensarse en oscuros copos, en masas sombrías que al fin se desatan en ruidosa tempestad.

El colombiano ilustre cuyo fallecimiento prematuro deploramos en esta ocasión, contrajo por amor a la ciencia y para combatir ciertas neuralgias que lo atormentaban, la peligrosa costumbre de experimentar los agentes tera-

péuticos que estudiaba, en su propia persona, para conocer a fondo sus efectos fisiológicos y medicinales, y la de usar para alivio de sus padecimientos, como lo hemos insinuado, los narcóticos en razonable cantidad. El efecto de esta al principio inocente práctica, debía tener más tarde resonancia fatal para su salud y vida, porque bien sabido es que estos preciosos agentes de salud, si se les emplea con moderación y prudencia, redimen a la humanidad, ya como medios de curación, ya como paliativos de valor inapreciable; pero que si de ellos se abusa, convertidos en espada de dos filos, quitan con la inteligencia, la vida de los pacientes.

La acción de las preparaciones opiadas no había producido alteraciones notables en el ser físico y moral de nuestro compatriota, hasta algún tiempo después de la época en que llegó a Medellín.

Mas por desdicha, cuando el doctor Restrepo ejercía su profesión con envidiable crédito para su nombre y con beneplácito de todos sus conciudadanos, complicación funesta interrumpió el curso feliz de sus tareas.

La terapéutica hizo entrar por ese tiempo la cocaína en el rico arsenal de sus recursos medicamentosos. Esa sustancia goza, como todos saben, en alto grado, de propiedades anestésicas, y este agente, que tan importante papel desempeñó en el imperio de los Incas para dar vigor a los primitivos habitantes de este Conti-

nente debía ser y fue motivo de perdición para nuestro amigo.

Al estudiar la acción de este remedio sobre la organización del hombre y su influencia sobre las funciones fisiológicas del organismo, concibió la idea de que sería bien aplicarlo para evitar el dolor consiguiente a las operaciones que se ejecutan sobre los ojos y lo probó con éxito feliz en casos repetidos que tuvimos ocasión de presenciar; mas como por entonces ese alcaloide vegetal fuese escaso y muy caro en las boticas, Alejandro se procuró la adquisición de algunas hojas del *Eritroxylum coca* que se cultiva como por adorno en nuestros jardines.

Extraída por él la parte activa de la planta, para persuadirse de que la había preparado en estado puro siguió la vieja costumbre que tenía de probarla en su propia persona por medio de inyecciones hipodérmicas, que produjeron el resultado apetecido por él.

Quién sabe qué sintió con la prueba ejecutada, pero es lo cierto que desde ese día en adelante alternó entre el uso de la morfina y la cocaína, para mitigar los padecimientos que le ocasionaban las fiebres intermitentes rebeldes y las agudas neuralgias por ellas provocadas. que lo atormentaban cada vez más con mortificante intensidad.

Así pasó algún tiempo, y el mal tomaba cuerpo, sin alcanzar, sin embargo, a destruir la enérgica vitalidad del paciente, hasta punto de ha-

cerle renunciar al ejercicio diario de su profesión, porque entonces como antes, le contemplamos siempre al frente de numerosa clientela, con aumento de su prestigio y con provecho de los enfermos.

Llegó, no obstante, un momento en que el redoble de los ataques producidos por el uso inmoderado de la morfina y la cocaína, se presentó con un cortejo tal y tan aterrador de síntomas, que alarmados la familia, los amigos y el público en general, se pensó seriamente en combatir esos accidentes por los recursos que ofrece el arte, por la saludable influencia del amor de la familia y por cuantos arbitrios puede inventar el interés que se tenga por un ser tan estimado y tan justamente importante. ¡Inútiles esfuerzos! La fatal vesania había tomado cuerpo y se mostraba con todo el horror de sus funestos e incorregibles caracteres.

Si el doctor Restrepo hubiese quedado únicamente bajo el influjo de los opiados, el término final hubiera sido uno mismo, pero el proceso patológico habría sido diferente por ser más largo. El habría visto agotársele las fuerzas con lentitud, alterársele la composición de los humores, degradársele las facultades mentales y extinguirse su existencia en colapso deplorable; pero eso habría pedido más tiempo.

Bajo el influjo de la cocaína las cosas pasan de otra manera. El desgraciado que cae en el abismo abierto por ese destructor agente, ve

llegar el fin de su vida con muchísima más rapidez y en medio de tormentos a nada comparables.

Adquirido el hábito, al más leve abatimiento del sistema nervioso se siente necesidad invencible de conseguir vigor y tono. Se ocurre entonces al anestésico como a remedio supremo: una inyección verificada con la jeringuita de Pravaz principia por dar alivio pasajero; pero siguen bien pronto reacción penosa y nuevo abatimiento. La primera aplicación pide la segunda, ésta la tercera, y así de modo continuado, se llega a muchas y a mayores dosis del tósigo letal, y es entonces cuando se desenvuelve un cuadro de carácter verdaderamente aterrador.

Es entonces cuando los enfermos así atacados toman aspecto típico que conmueve y alarma: bajo la acción de este veneno, la mirada se torna brillante en los primeros momentos de la acción excitadora; los ojos abultados parecen querer salirse de su puesto; el color de las mejillas aparece rubicundo; sudor copioso y frío cubre la frente, la nariz, las mejillas, el cuello el pecho, los brazos y las manos; frío glacial y cadavérico se apodera de las extremidades, y agitación desordenada del aparato muscular impide todo reposo y toda quietud.

Pasado este período de reacción, la mirada se apaga; los ojos se hunden en las órbitas, el rojo subido de las mejillas palidece y el movimien-

to activo del cuerpo decae y entra en completa inercia.

Si la administración tóxica se repite, y si el veneno recorre el organismo, por haber penetrado en el torrente circulatorio, a los desórdenes apuntados se unen otros más graves y terribles. Visiones extravagantes producidas por un cerebro perturbado asaltan a los enfermos y son seguidas, de súbito, por alucinaciones indestructibles. En tales casos los pacientes se consideran víctimas de incesantes persecuciones: ya es el odio de la familia que cae sobre ellos sin piedad; ya espionaje permanente de mujeres y niños para observar sus acciones; ora bandidos que los acometen; ora asesinos que los hieren; ora carceleros que los encierran; luégo personajes burlescos que los insultan, y más luégo la aparición ante sus ojos de todos los objetos que los rodean, luminosos como tizones ardientes. Allá oyen ruidos y voces amenazadoras y más allá creen percibir maquinaciones diabólicas contra ellos. En suma, el imperio de la voluntad desaparece y la inteligencia se pierde.

Tal fue la situación sobre modo penosa que ofreció nuestro amigo en el curso del año de 1888; mas comoquiera que él estuviese dotado de espíritu recto y de corazón abierto a toda impresión de amor a la familia, en momentos de lucidez la voluntad recobraba su perdido imperio y la razón su poderío. En uno

de esos momentos, y de un modo espontáneo, animado por el deseo de conseguir curación radical, propuso a su padre el que se retirasen por algún tiempo a la hacienda de La Florida, bella propiedad de familia, en donde, merced a un buen régimen higiénico, esperaba hallar reposición completa.

A La Florida fue don Fernando en requerimiento de salud y vida para su querido hijo, y con él fue como enfermero tierno, Lázaro Restrepo, hermano del paciente. Campo extenso; cómoda habitación; aire libre; temperatura ardiente, buenos caballos; río de aguas salutíferas; paisajes sorprendentes, y la sombra protectora de un padre amante y de un hermano incomparable, debían ser para el desgraciado doctor remedios bienhechores, y lo fueron efectivamente.

En los primeros días de permanencia en el campo padeció el doliente tan agudos acometimientos nerviosos causados por la morfina y la cocaína, que se temió con fundamento lo llevasen a la eternidad.

La vigilancia y cuidado de los dos genios tutelares que tenía a su lado lo redimieron entonces como por obra de milagro.

Con el propósito de que este escrito gane por lo que enseñe, lo que pierda por el mal desempeño, nos tomamos la libertad de entrar en la narración de varios pormenores gastados

por los dos enfermeros, para llevar a buen término la curación de su amadísimo cliente.

Sustraer de una vez la administración de los perniciosos venenos era para ellos procedimiento impracticable; porque temía que esa transición pudiera ser prontamente mortal.

Por ventura para ellos podían contar, aunque en débil grado, con la cooperación voluntaria del interesado. Se acordó, pues, que se continuarían las aplicaciones rebajando paulatinamente la dosis en cada una de ellas y se escogió la morfina como único elemento empleado, por ser menos dañina en sus efectos inmediatos.

Lázaro se encargaría de la parte práctica del proyecto, mientras que don Fernando emplearía cerca de su hijo el ascendiente que le daban su carácter de padre y su genial prudencia, para sostener en buen punto la parte moral del doctor.

Con asiduidad, constancia y blandura que colocan en alto puesto las virtudes domésticas de don Lázaro Restrepo, ejecutó la tarea que se impuso, con paciencia y consagración tales, que pudieran servir de ejemplo a hermanas de la caridad bien abnegadas y cristianas.

Entraba en el plan seguido, que cada veinticuatro horas se disminuiría en mínima parte la cantidad del narcótico y así se hizo. El primer día la dosis fue la que de ordinario empleaba el enfermo; el siguiente, un poco me-

ños, y los posteriores, más pequeña todavía.
A veces el enfermero se ausentaba de la casa con cualquier pretexto y cuando llegaba la hora en que las exigencias del hábito pedían nueva administración del calmante, don Fernando decía: «Lázaro no ha venido, esperemos un poco» y fuerza era someterse a la orden paternal.

De sustracción en sustracción se llegó al cabo de algunos meses hasta punto de reducir a levísima cantidad la maléfica sustancia, sin que Alejandro cayese en la cuenta, y aun se mostrase contento sin mayores exigencias, hasta que por fin y sin sacarlo del engaño, el hábil joven hacía las inyecciones con agua pura.

Un día en que nuestro colega reclamó la morfina, el hermano alargándole la jeringuilla le dijo: «Hace algo más de un mes que no empleo en esto sino agua natural y sin embargo te hallas en perfecto estado de salud. Ahí está la tinaja, hazte cuantas quieras». La curación estaba conseguida.

Siete meses pasaron en tan laborioso afán, al término de los cuales el señor Restrepo regresó a Medellín y presentó a su mujer el hijo de sus entrañas por quien tanto había llorado y pedido al cielo, sano, robusto y con lozanía tan floreciente como la que trajo a su regreso del Viejo Mundo. ¡Vano contento! Una vez en la capital, libre ya de la vigilancia del padre, de las atenciones constantes del hermano y

entregado al ejercicio de su profesión, volvió el pobre joven, grado por grado, al uso de los venenos que debían llevarle al sepulcro. La sentencia estaba dada y debía cumplirse.

Nos inclinamos a pensar que cuando el doctor Restrepo se vio nuevamente dominado por su destructora propensión, reflexionó en los instantes de tregua que le dejaban sus padecimientos, sobre las penas profundas, que, sin quererlo, proporcionaba a su familia, y creemos que por esto, por buscar en Francia la extirpación del mal que le consumía y devoraba, y por tornar a estudios científicos, concibió el proyecto de hacer segundo viaje a Europa, para el cual contó con el beneplácito de su padre, de sus hermanos y de su amorosa madre.

En efecto, el 17 de febrero del año en curso, en unión del respetable presbítero Ezequiel de Jesús Toro, cura de La Veracruz, su amigo personal y amigo de la familia, siguió para Francia por la vía de los Estados Unidos del Norte; y parece ser que durante este largo viaje, el importante antioqueño de que venimos tratando, padeció mucho a causa de sus enfermedades habituales y acaso también a consecuencia de los accidentes provocados por su invencible pasión.

Si no estamos mal informados, creemos poder asegurar que más de una vez, su bondadoso compañero, alarmado por lo difícil de la

situación, le propuso que abandonasen el viaje y volvieran a Medellín. «No, señor, le respondía; si enfermo gravemente, confiéseme usted, porque soy católico, y si muero hágame dar sepultura, porque mi resolución de seguir es invariable».

El 30 del último mes de abril, recibió la familia un cablegrama en que varios amigos, desde París, le anunciaban la reagravación de la enfermedad del doctor Restrepo y la necesidad en que habían estado de colocarlo en una casa de salud dirigida por el doctor Mottet, distinguido especialista de enfermedades mentales.

Cuando eso se supo por los hermanos de Alejandro, Lázaro estaba en La Florida, y aquéllos, por evitar a su padre que a la sazón estaba achacoso, impresión de dolor que pudiera aumentar sus males, resolvieron mandar sigilosamente a París, al antiguo enfermero, para que fuese en auxilio del doliente.

Este vino de la hacienda, pasó por Medellín sin saludar a sus padres y viajó para París sin perder un instante. Don Fernando nada supo de los acontecimientos posteriores, por lo cual permaneció tranquilo por algunos meses; mas entre tanto que esta feliz ignorancia dejaba al padre en el pleno goce de una halagüeña esperanza, la vesania o manía que se había apoderado del doctor obraba de modo funesto y amenazaba su existencia.

Noticias de consoladora mejoría vinieron a nosotros cuando fluctuábamos entre el temor y la esperanza acerca de la suerte de nuestro comprofesor, hasta que por fin nos vino la triste nueva de que había muerto en París en la madrugada del 7 de julio del presente año.

¿Y cómo había muerto?

Desde la llegada de Lázaro, tenía como miedo de verle y estar con él en íntima compañía, cosa que nada tiene de extraño, puesto que es notorio que los enfermos de esa clase tienen siempre tendencia a vivir aislados o al menos un poco distantes de las personas que los aconsejan y amonestan, para evitarles los peligros que los rodean. ¡Cosa notable! Todavía en tan angustiosas circunstancias nuestro colega deseaba curarse y ocurría a todos los arbitrios que podían conducirle a este fin. Con pretexto de visitar a un amigo que vivía en un pueblo algo distante de París, manifestó que iba para allá y se ausentó; mas en lugar de hacer lo que decía, se dirigió a la ciudad de Blois y entró voluntariamente a un asilo con el propósito de someterse a tratamiento fundamental, que lo emancipase de su tormentosa situación. Y eso hacía porque en medio de la deshecha borrasca física y mental en que vivía, le quedaba no sólo instinto de la propia conservación sino también interés bastante para

visitar frecuentemente los hospitales y seguir a los maestros al tiempo de efectuar operaciones quirúrgicas.

Acaeció que estando en Blois regresó el señor Presbítero Toro de un viaje que hizo a la Tierra Santa; y como el enfermo llegase a saberlo, temió sin duda el que su compatriota lo buscara en el lugar en que había dicho quería residir por algún tiempo, para evitar lo cual volvió inmediatamente a París a verse con su compañero.

Ya en aquella ciudad, en los primeros días del mes de julio, Alejandro volvió al uso inmoderado de la cocaína.

El 6 del mismo mes, como su hermano notase la agitación alarmante en que estaba, procuró distraerlo llevándolo a un teatro en que exhibían pruebas de prestidigitador a las cuales era un poco aficionado el enfermo; pero comoquiera que su mal le alejase por entonces de esa clase de entretenimientos, aumentó su esquivez, hurtó el cuerpo y desapareció de la presencia del hermano.

Este, preocupado con fundamento, fue a los amigos de la familia y al médico con el intento de ver si convenía colocar de nuevo a su pobre hermano en la casa del doctor Mottet; pero como esas diligencias no se hagan en París en poco tiempo, aconteció que al volver al hotel en que vivían recibió de los

vecinos la horrorosa noticia de lo que había ocurrido.

Alejandro había tomado tan fuerte dosis de cocaína, que enloqueció; y en los terrores que le produjo y en las alucinaciones que le hacía ver, se figuró sin duda que lo perseguían para encerrarlo y trató de huir por la ventana, que era el único punto abierto para la fuga.

Al desprenderse de ella se agarró a una persiana que se rompió con el peso y el infeliz cayó a tierra desde el tercer piso de la casa. En la caída se hizo graves daños y entre ellos tan seria conmoción cerebral, que a las pocas horas murió en el Hotel Dieu, adonde fue conducido por ser el hospital más próximo al lugar de la catástrofe. El capellán del establecimiento y el señor presbítero Toro, quien por fortuna estaba cerca, le prestaron los auxilios que brinda el cristianismo en esos casos y asistieron a su agonía desde el principio hasta el fin. El cadáver fue embalsamado y sepultado el 9 de julio en el cementerio de Bagneux, distante ocho kilómetros de París. Toda la colonia colombiana asistió al entierro solemnizado por la presencia de dos obispos y diez sacerdotes. La familia se consuela, y nosotros con ella, en los momentos de este inmenso dolor, porque sabemos que sus amigos y compatriotas lo condujeron a la última morada.

Tales fueron las trágicas circunstancias que

acompañaron el fallecimiento del doctor Alejandro Eduardo Restrepo, y cuando nuestro espíritu se detiene en meditarlas, no hemos podido dejar de traer a la memoria lo que, hablando de la Biblia, dice el gran literato don Juan Donoso Cortés: «La Historia Sagrada principia por un idilio en el Génesis y termina por un himno fúnebre en el Apocalipsis de San Juan», porque, a decir verdad, la vida de este inteligente antioqueño comenzó por un idilio en el hogar doméstico y acabó por un drama lastimoso en la casa de Dios.

La narración que acabamos de escribir es ingenua y ajustada a la más estricta verdad; pero como alguien pudiera creer que al tocar ciertos puntos de esta biografía, hemos untado la brocha en los más vivos colores de la paleta para pintar cuadros extravagantes y conmovedores, suplicamos a quien tal piense que cambie de opinión, pues que si bien es cierto que en momentos dados hemos animado un tanto las descripciones, motivo hemos tenido para ello.

No creeríamos llenar los deberes que nos impone el ejercicio de la medicina, si no llamásemos la atención acerca de un grave punto de higiene pública que se conecciona con la suerte de familias enteras y de numerosos individuos.

Sabemos que cuando el gran sabio doctor

Dujardin-Beaumetz fue llamado para prestar los servicios de la ciencia a su joven amigo, exclamó al verle: «Es el tercero de mis mejores y más queridos discípulos que pierdo por una misma causa!» Y como sabemos también que la manía de usar narcóticos y anestésicos cobra prosélitos de día en día entre hombres de talento y de elevada posición, queremos dar voz de alarma, aunque por desgracia para ello no dispongamos de bastante competencia. Amonestamos a todos a que se alejen de tan peligroso escollo, que puede hacerlos caer en un abismo. Es preciso que se persuadan de que el desdichado que transita ese camino, queda, por lo mismo, sujeto a tres espantosas servidumbres: tormento físico y moral, locura irremediable y muerte infalible.

¡Pobre amigo nuéstro! No lo culpemos, porque nadie tiene derecho para censurar cuando todos tenemos obligación de compadecer. El enajenado de la razón no es responsable de sus actos, ni ante el hombre, ni ante la ley, ni ante Dios.

Profunda es la desgracia que ha caído sobre don Fernando Restrepo y sus deudos al perder para siempre un miembro querido, adorno legítimo del hogar. La Academia de Medicina de Medellín no puede mandar a los dolientes frases comunes de consuelo que con frecuencia son estériles. Para dolores tan acerbos no

queda más recurso que inclinar la frente, hincar la rodilla, bendecir los secretos del Altísisimo y abrigar el alma con el manto de la resignación cristiana: virtud que es para los creyentes mucho más eficaz de lo que era para el guerrero antiguo la armadura impenetrable. Sin ella, el primer golpe moral que recibiéramos nos mataría.

Envigado, 19 de septiembre de 1889.

INDICE

